EL TEATRO MODERNO

JUAN IGNACIO LUCA DE TENA.

LAS CAÑAS DE DON JUAN



PRENSA MODERNA

50 CENTIMOS

.AS CANAS DE DON JUAN

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

LA GARRA

POR

Manuel Linares Rivas

PORTADA DE

AGUSTÍN

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. SÁEZ HERMANOS
[illegible] 21. - MADRID

EL TEATRO
REVISTA SEMANAL
AÑO II 5 DICIEMBRE 1925 NÚM. 10

Juan Ignacio
Luca de Tena

LAS CANAS DE DON JUAN

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Fontalba,
de Madrid,
en el mes de abril de 1925

PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Anita...	*María Gámez.*
Isabel...	*Josefina Tapias.*
Carmen...	*Pilar Pérez.*
Sabina...	*Emilia Colomo.*
Juana...	*Anita Caruana.*
Don Juan Luis...	*Alberto Romea.*
Carlos...	*Juan Orduña.*
Perico...	*Nicolás Rodríguez.*
Un criado...	*N. N.*

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante. Tres puertas: en la lateral derecha, en el foro izquierda y otra, más amplia, a la derecha del foro, que comunica con el "hall" de entrada a la vista del público. En el lateral izquierda, un balcón. Son las tres de la tarde de un día claro de otoño.

(Al levantarse el telón está la escena sola. En una mesa hay dispuesto servicio de café y licores. En otra mesita, más pequeña, una caja con puros. Por la derecha salen Carmen, Isabel y Carlos. Carmen es una dama de cuarenta años, muy guapa aún. Isabel, su hija, frisa en los diez y ocho años, y Carlos, un muchachote de veinte años.)

CARM. En eso no tienes razón, Carlitos. Ya sabes que yo nunca he disculpado la conducta de tu padre; pero en eso no tienes razón.

CARL. ¿Café, tía Carmen?

CARM. Con un poquito de leche. Deja, Isabel servirá. Ella sabe cómo me gusta.

ISABEL. *(Después de servir el café a su madre.)* ¿Quieres Marie Brizard, mamá?

CARM. Dos deditos.

ISABEL. Tú, café solo, ¿verdad, Carlos?

CARL. Solo. *(Isabel, después de servir a Carlos café, llena para ella una copita de Marie Brizard.)*

ISABEL. ¿Coñac?

CARL. Nada.

ISABEL. *(Sirviéndose.)* Yo, una copita de Marie Brizard también.

CARM. ¿Sigues sin fumar, Carlos?

CARL. Siempre. Dicen que el primer pitillo sabe muy mal y que después se acostumbra uno sin sentir. ¿Para qué pasar el mal rato?

ISABEL. Pero ¿es posible que no hayas fumado nunca?

CARL. ¡Jamás!

ISABEL. ¿Ni un pitillo?
CARL. ¡Ni uno! Y eso que en Deusto fumaban casi todos mis compañeros. Los Padres son muy tolerantes.
CARM. Hijo, el fumar no es ningún pecado. Y en la Universidad de Deusto los colegiales son ya hombres que estudian carrera.
ISABEL. Pues yo, si fuera hombre, fumaría. ¡Los hombres deben fumar!
CARL. No debía fumar nadie. Es una cosa idiota y perjudicial para la salud. Ya ves, a papá le sienta como un tiro.
CARM. Es que fuma demasiado.
ISABEL. Verdaderamente que la cortesía de tu papaíto no ha quedado a gran altura en esta ocasión. Eso de convidar a comer a dos señoras y faltar él no está ni medio bien.
CARL. *(A Carmen.)* En eso tiene un poco de razón.
CARM. Un poco, sí. Claro que yo le hago la justicia de creer que se le ha olvidado.
CARL. De eso puedes estar segura. Papá tendrá sus cosas, pero es incapaz de cometer una grosería conscientemente. Y contigo, mucho menos, tía Carmen. Ya sabes que tiene por ti una verdadera debilidad.
CARM. Ya sé, ya...
CARL. De toda la familia de la pobre mamá sois vosotras las únicas a quienes sigue tratando.
ISABEL. En eso le alabo el gusto, aunque me esté mal el decirlo. Porque nuestra familia se las trae.
CARM. *(Entre indulgente y severa.)* ¡Isabel...! ¡Isabel...!
ISABEL. Bueno, tu padre también se las trae. Se las trae y se las lleva. Porque hay que ver, con cerca de cincuenta años que tiene. ¡Yo no he conocido hombre más fresco!
CARM. ¡Isabel!
CARL. Son ellas las que le traen y le llevan, que es lo peor.
CARM. Verdaderamente, sería difícil encontrar un padre y un hijo tan distintos como tú y él.
CARL. Gracias a Dios. *(Por el foro derecha sale Jua-*

na. Es una doncella muy bien arregladita, con cofia y delantal blanco, pero más fea que un coco. *Trae en la mano una bandeja, y, sobre ella, una carta.)*

JUANA. Acaban de traer esta carta. Dicen que es urgente. *(Se la entrega a Carlos y hace mutis por donde vino.)*

CARL. *(Dejándola sobre la mesa.)* Para papá.

ISABEL. ¡Qué perfume más cursi!

CARM. ¡Niña!, ¡niña!

ISABEL. ¡Ay, mamá! ¿También está mal decir que un perfume es cursi? ¿Me permitirás siquiera dar mi opinión sobre la belleza de esa doncella nueva?

CARL. La tomé ayer.

CARM. La has tomado tú, ¿verdad, hijo?

CARL. Sí. La otra era preciosa. Lolita. Demasiado. Hace dos semanas, el mismo día en que llegué yo a Madrid con vosotras, hubo un disgusto... Ya puedes figurarte... A los pocos días la despedí, aprovechando un viaje corto de papá.

CARM. ¿Y él qué dijo al volver?

CARL. Fuí yo quien le dije: "Papá: fuera de casa, me resigno; pero en casa, no te lo consiento." ¡Hasta ahí podíamos llegar!

ISABEL. ¡Ja, ja, ja!

CARM. ¡Niña!

ISABEL. ¡Mamaíta, por Dios! ¿Reirme, tampoco?

CARM. Según las ocasiones. *(Por el foro derecha sale Juan Luis.)*

ISABEL. Dichosos los ojos, tío.

J. LUIS. *(Saludando.)* Carmen... Isabel... No podéis figuraros el disgusto que tengo. Esta cabeza mía... ¡Esta memoria! Perico Zaldívar se empeñó en que almorzáramos juntos—ahí viene conmigo—. Ya sabéis lo trasnochador que es. Hemos empezado a comer a las tres. En el segundo plato me acordé, de pronto, y eché a correr. *(A Isabel, que se ríe.)* ¡Eché a correr, sí, señora! En la puerta de La Peña no había

ningún *taxi.* Hemos tenido que tomar el tranvía. Perico se dejó en el plato medio lenguado él os dirá.

CARM. ¡Cuántas molestias! Carreras tuyas, tu amigo sin comer... ¡No valía la pena!

J. LUIS. ¡Os juro que siento una rabia contra mí mismo...! Ha sido mi memoria, mi fatal memoria

CARM. He comenzado por hacerte esa justicia. Tu fatal memoria no te ha recordado que nos habías invitado a almorzar, porque estaba entretenida con la perspectiva de otra compañía más agradable...

J. LUIS. ¡Por Dios! ¡Otra compañía más agradable! Perico Zaldívar. *(Este sale por el foro, y queda un momento en la puerta.)* El sinvergüenza de Perico Zaldívar, el plúmbeo de Perico Zaldívar, que se empeñó...

PERICO. *(Avanzando.)* Mira, Juan Luis: el sinvergüenza eres tú. Ventajitas no. Has ido a mi casa a las tres de la tarde, me has hecho vestirme de prisa y corriendo para venir aquí a decir...

J. LUIS. *(Atajándole.)* ¡Perico! Ya sabes que no me gustan esas bromas.

CARM. ¡Adiós! ¡Ja, ja, ja!

PERICO. A todo esto, buenos dias; digo, buenas tardes.

CARM. Buenas tardes.

CARL. Bueno, ¿es verdad que no has comido?

J. LUIS. ¿Cómo que si es verdad? ¡Caramba! ¿Tú también?

CARL. ¿Querrás comer, entonces?

J. LUIS. Claro que sí. Cualquier cosa, lo que haya. *(Carlos toca un timbre. Después dice:)*

CARL. ¿Y usted, Zaldívar?

PERICO. Yo almorcé ya en mi casa.

J. LUIS. ¡Perico! ¡Hombre, hombre, hombre!...

CARM. ¡Ja, ja, ja!

J. LUIS. *(En tono de cariñoso reproche.)* ¡Carmen!

CARM. *(Entre dolida y burlona.)* ¿Qué quieres que haga, Juan Luis? ¿Quieres que llore? *(Sale*

Juana por el foro derecha. Trae, como antes, una bandeja y una carta.)

JUANA. ¿Llamaban los señores?

J. LUIS. *(Al verla, aparte.)* ¡Atiza! *(Procurando ocultar su cara.)*

CARL. Sí. ¿Han terminado ustedes de almorzar?

JUANA. Estamos empezando, señorito.

CARL. Bien. Cuando acaben ustedes hay que servir al señor.

JUANA. Perfectamente. Esta otra carta. *(Se la ofrece a Carlos.)*

CARL. *(Después de mirar el sobre.)* Para el señor.

J LUIS. *(Temiendo que Juana pueda verle.)* ¡Azúcar!

JUANA. *(Que no conoce* al señor, *vacila y, por fin, se dirige a Perico.)*

PERICO. ¿No ha oído usted que para el señor?

J. LUIS. *(Decidido a afrontar la situación.)* ¡Bueno está!

CARM. *(Aparte.)* (La doncella nueva no le conoce. Este sinvergüenza ha dormido esta noche fuera de casa.)

JUANA. *(A Juan Luis.)* Esta carta, señor.

J. LUIS. *(Cogiéndola vivamente.)* ¡Venga! *(Se la guarda en el bolsillo.)*

JUANA. ¿Eh? ¿Pero... el señor... es el señor?

J. LUIS. *(Inicia una risa; tose para que no se le oiga.)* ¿Qué dice usted, mujer; qué dice usted?

ISABEL. *(Aparte.)* (Sospecho que el tío no ha venido a su casa esta noche.)

J. LUIS. *(Aparte.)* (¡Es un murciélago!) *(Juana hace mutis por donde vino.)*

PERICO. ¡Muy guapa! ¿Verdad?

CARM. La tomó Carlitos ayer.

J. LUIS. Sí, ayer, Carlitos. ¡Je, je!

ISABEL. ¿Cómo se llama?

J. LUIS. Se llama Sinforosa.

CARL. Juana, papá.

J. LUIS. ¿Juana?

CARL. Juana.

J. LUIS. Juana. Se llama Juana. *(Aparte a su hijo.)* Oye, tú: ¿de donde has sacado este ogro?

CARL. Te parece fea, ¿verdad? Me dieron buenos informes.

J. LUIS. ¡Caramba! ¿Sí, eh?

CARL. Además, con ésta no habrá escándalos.

J. LUIS. (¡Inocente cordero!) *(Enciende un puro y se sienta en una butaca, un poco alejado del grupo que forman Carmen, Perico, Isabel y Carlos. Estos últimos charlan aparte.)*

CARM. Ya sé que este verano se han divertido ustedes mucho.

PERICO. ¿Ustedes?

CARM. Hombre, usted y Juan Luis. ¿No estaban ustedes juntos en Biarritz?

PERICO. ¡Sí, y nos hemos aburrido soberanamente!

J. LUIS. ¡Perico...! ¡Hombre!

PERICO. Bueno, me he aburrido yo. Ya sabe usted que yo no soy más que el eterno acompañante, el satélite que recibe luz y calor del astro que la tiene propia. Me contento con ver cómo él se divierte.

J. LUIS. ¡Hombre, Perico!

PERICO. ¡Caramba, Juan Luis! ¿En qué quedamos? Te enfadas cuando digo que te has aburrido y si afirmo que te has divertido extraordinariamente...

J. LUIS. Mejor es que te calles.

PERICO. Lo mejor sería que me fuera, ¿no es eso?

J. LUIS. *(Harto.)* ¡Haz lo que te dé la gana!

CARM. *(A Isabel y a Carlos.)* ¿Adónde vais vosotros?

ISABEL. A jugar un *pim-pon*. Tenemos un partido pendiente. *(Isabel y Carlos hacen mutis por el foro izquierda.)*

PERICO. Les acompaño. Haré de árbitro. Me voy por no aguantarte, Juan Luis; pero siento perder la agradable compañía de Carmen.

CARM. Muchas gracias. *(Perico se va también por el foro izquierda.)* No te enfades, hombre.

J. LUIS. ¿No me voy a enfadar? ¡Es intolerable!

PERICO. *(Asomando por la puerta.)* ¡Hombre, Juan Luis, para hablar mal de mí, aguarda siquiera a que salga de tu casa! *(Vuelve a hacer mutis.)*

J. LUIS. ¿Qué te parece? Inaguantable, ¿no es verdad?

CARM. Hace veinte años que estoy oyendo decir lo mismo.

J. LUIS. ¿Y qué voy a hacer? Una amistad de toda la vida. Juntos hemos crecido, juntos hemos vivido...

CARM. El a tu costa.

J. LUIS. No tanto, mujer. Algunas veces abusa un poquitillo; pero te aseguro que no me importaría, con tal de que no fuera como es. Figúrate si sabré yo que me quiere sinceramente. Bueno, pues algunas veces hasta parece que me odia.

CARM. Te debe muchos favores. Tú no le debes a él nada. Te envidia tus riquezas, te envidia tu bienestar, tu posición social, tus... *(Se detiene, indecisa.)*

J. LUIS. Mis... ¿qué?

CARM. Tus... Bueno, todo lo que tú tienes y que a él le ha faltado siempre; se lo acabamos de oír. Zaldívar será tu verdadero amigo el día que pueda hacerte un favor tan grande..., tan grande, que iguale, por lo menos, a los beneficios que tiene recibidos de ti. Hoy le has puesto en trance de que te haga uno, pero le ha parecido tan baladí, que ha preferido aprovechar la ocasión para pagarte los que tú le haces como pagaron los galeotes al ingenioso Hidalgo.

J. LUIS. ¿Sigues sin creer que iba a almorzar con él?

CARM. Creo, ya ves si te hago justicia, que para hacerte olvidar una invitación que me haces a mí es muy poca cosa Perico Zaldívar.

J. LUIS. ¡Perico Zaldívar y el mundo entero!

CARM. Cuando entrábamos en esta casa le venía diciendo a mi hija: "Verás como tu tío no se ha levantado todavía." Por eso, al decirme Carlos que no estabas, mi asombro fué grande; conozco tu costumbre de no madrugar...

J. LUIS. Pues por lo que se refiere a hoy, ya ves que te equivocabas.

CARM. No me equivocaba, no. *(Con mucha intención.)* Tenía razón al pensar que, cuando entramos

en tu casa, no te habías levantado todavía...

J. LUIS. ¡Carmen, por Dios! ¿Ves tú? ¡La fama que tengo! ¡La maldita fama que tengo! No soy un hombre malo, Carmen.

CARM. Ni bueno.

J. LUIS. Ni bueno. Pude serlo. *(Sentimental.)* Una mujer no quiso que lo fuera.

CARM. ¿Una mujer?

J. LUIS. Sí.

CARM. ¿Pudo hacerte bueno...?

J. LUIS. Sí, con su amor...

CARM. ¿El diablo a las puertas del Cielo, como en *Don Juan Tenorio?* ¡Ja, ja, ja!

J. LUIS. No te rías...

CARM. Eso es interesante. Cuenta, cuenta.

J. LUIS. Hace diez años—más: recién viudos los dos—busqué una felicidad tranquila y honrada que sólo una mujer podía darme. Esperé a que el sedante del tiempo adormeciera el natural dolor de aquella mujer por la muerte de su marido, y, cuando el tiempo hubo pasado, acudí a la mujer y le pedí la felicidad, que para mí era su amor. Yo no le era indiferente.

CARM. ¿No?

J. LUIS. Estoy seguro. Ningún obstáculo se oponía a nuestros amores; pero ella...

CARM. ¿Pero ella...?

J. LUIS. ¿Qué?

CARM. ¿Te rechazó?

J. LUIS. Abiertamente, no. Me puso un pretexto... Ella decía que no era pretexto; pero yo estaba seguro de que sí. Me dijo... ¿Qué me dijo...? ¡Esta memoria mía...! ¿Tú no te acuerdas, Carmen, de lo que me dijo?

CARM. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué farsante eres, Juan Luis!

J. LUIS. Haz memoria, mujer; ayúdame.

CARM. No recuerdo; es inútil.

J. LUIS. ¿Inútil?

CARM. Completamente.

J. LUIS. ¡Espera, espera, que empiezo a recordar! Me

dijo que... ¡eso es, sí! Ella tenía una hija de ocho años, yo un hijo de diez...

CARM. *(Interrumpiéndole.)* Los niños eran demasiado crecidos ya para no sentir el disgusto de que sus padres contrajeran segundas nupcias, y muy pequeños todavía para hacerse cargo y comprender ciertas cosas

J. LUIS. ¡Qué penetración! Eso, precisamente, me dijo ella.

CARM. *(Burlona.)* ¿Sí, verdad?

J. LUIS. No parece sino que estabas tú presente.

CARM. ¡Ya ves!

J. LUIS. Hoy, "los niños" son ya una mujer y un hombre...

CARM. No sigas, Juan Luis, te lo suplico.

J. LUIS. Soy yo quien te suplica que me dejes hablar.

CARM. Pues yo te suplico que no hables. Y mucho menos hoy.

J. LUIS. ¡Ah, muy bien! Eso es otra cosa. Lo dejaré para mañana.

CARM. *(Riendo.)* No, no. Ni mañana tampoco.

J. LUIS. ¿Cuándo, entonces?

CARM. ¡Nunca, mala persona!

J. LUIS. ¿Me dejas ponerme serio, pero serio de verdad, durante un minuto?

CARM. Allá tú.

J. LUIS. Con tu permiso. ¿Cuándo nos casamos?

CARM. ¡Ja, ja, ja! ¿Eso es ponerte serio?

J. LUIS. ¿Quieres nada más serio que el matrimonio?

CARM. ¡Qué cosas tienes!

J. LUIS. Yo te he querido siempre, Carmen. No sabes cuánto. Si pudieras imaginar mis nostalgias mientras corría por el mundo, lejos de ti; mis impaciencias por que llegara el plazo señalado. "Cuando los niños dejen de serlo", me dijiste.

CARM. Fué un pretexto, Juan Luis; lo has adivinado. ¿Cómo iba yo a marcar este plazo sinceramente, para cuando hubiésemos llegado a viejos, entonces que no lo éramos?

J. LUIS. ¿Viejo yo? Tú tienes treinta y cinco años...

CARM. Más, más...

J. LUIS. Los que tengas. A tu edad no es vieja ninguna mujer, y tú mucho menos.

CARM. No era el verdadero motivo la edad de los niños. Tú eras una bala perdida, Juan Luis, y vivías en juerga continua. Jurabas que me querías tanto y cuanto, es verdad. Oyéndote hablar llegué a creerlo alguna vez... Pero no pasaba día sin que mis amigas vinieran a contarme una aventura o un escándalo tuyos.

J. LUIS. ¡Mira qué monas tus amiguitas!

CARM. Hoy, los niños son ya una mujer y un hombre, cierto. Pero dime, Juan Luis, sinceramente: ¿Han cambiado las circunstancias que me hicieron rechazarte entonces? *(Pausa.)*

J. LUIS. Carmen...

CARM. ¿Lo ves...? ¿Lo ves?

J. LUIS. ¿Pero tú crees que yo llevo esta vida por mi voluntad? ¡Si estoy harto de ella, si me repugna y me ha repugnado siempre! Y no es que me falte deseo de cambiar de vida, es que no puedo, es que es superior a mi voluntad.

CARM. ¡Si tú no tienes voluntad!

J. LUIS. ¡Por mi desgracia! Pero te prometo, te juro formalmente...

CARM. No me jures nada. Los propósitos se demuestran con hechos.

J. LUIS. ¿Si con hechos te los demostrara?

CARM. Entonces... consultaría a mi corazón.

J. LUIS. ¡Carmen!

CARM. Pero no te hagas ilusiones. Mi corazón sí que ha envejecido. Es posible que ya no supiera o no quisiera responderme. Hablemos de otra cosa: de nuestros hijos, si te parece.

J. LUIS. Habla tú de la tuya si quieres. Yo, del mío, no tengo nada que decir.

CARM. ¿Qué te pasa con él, hombre?

J. LUIS. ¡Es un majadero! Hasta el pelo me tiene.

CARM. Un muchacho tan bueno, tan formalito...

J. LUIS. Eso es lo que me desespera. Yo he procurado educarlo lo mejor posible; deseaba que fuese

un muchacho como es debido. ¡Pero tanta formalidad ya es demasiada!

CARM. Tu obra...

J. LUIS. No me arrepiento de ella. Si precisamente lo que me preocupa es que su inocencia—relativa, claro; toda la inocencia posible en un hombre de veinte años—sea un peligro más que le haga caer en la primera tentación que se le presente. ¡Si tuviera una novia! O dos. O tres. O cuatro. ¡Siquiera una! Pero mi Carlos es incapaz de decirle a ninguna mujer: "¡Por ahí te pudras!"

CARM. ¿Tú estás ciego, Juan Luis? ¿Pero dónde tienes los ojos? Tu hijo está enamoradísimo.

J. LUIS. ¿Qué me cuentas? ¿Desde cuándo?

CARM. Desde siempre; es decir, desde hace muchos años. Sabiendo él, desde que su inteligencia ha podido descifrar los sentimientos de su corazón. ¿Es posible que no lo hayas visto? Tu hijo bebe los vientos por mi Isabel.

J. LUIS. Pero ¿están en relaciones?

CARM. No, precisamente. Ya sabes lo tímido que es Carlitos. Pero, sin decírselo el uno al otro, puede afirmarse que sí.

J. LUIS. Me dejas asombrado. Y contentísimo, ¡figúrate! ¿Qué más podía yo desear? *(Sale Juana por el foro derecha.)*

JUANA. El señor está servido.

J. LUIS. Acompáñame al comedor. Allí acabarás de contarme.

JUANA. Vienen por la contestación de las dos cartas que trajeron antes.

J. LUIS. ¿Dos cartas?

CARM. Aquí tienes la otra. *(Le entrega la que dejó Carlos sobre la mesa.)*

J. LUIS. *(Viendo el sobre.)* ¡Caramba! *(Saca de su bolsillo la que antes le entregó Juana.)* (¡Caramba! De Anita las dos.) Pasa, Carmen, y perdóname. Soy contigo en seguida.

CARM. No faltaba más. *(Mutis Carmen por la derecha.)*

JUANA. *Usté* dirá...

J. LUIS. Ante todo, ¿puede saberse qué viene usted a hacer aquí?

JUANA. ¿Y *usté?*

J. LUIS. ¡Sinforosa...!

JUANA. Me llamo. Digo, no me llamo. ¿Qué hay?

J. LUIS. Yo soy el dueño de esta casa.

JUANA. Y yo la criada.

J. LUIS. Pues lo va usted a dejar de ser muy pronto.

JUANA. Según. Yo veré si me conviene lo que usted me ofrezca a cambio. Porque, vamos, mi hermana dejó también de ser doncella por causa de *usté,* y recuerdo que no le salió muy bien la cuenta.

J. LUIS. Bueno, bueno, bueno; ya hablaremos.

JUANA. Hablando estamos.

J. LUIS. ¡Sinforosa!

JUANA. ¡Y dale!

J. LUIS. *(Abriendo la primera carta.)* Espere usted.

JUANA. Espero.

J. LUIS. *(Antes de empezar a leer.)* Oiga usted: ¿y...?

JUANA. ¿Quién, mi hermana? Por ahí... Haciendo competencia a los "citroenes".

J. LUIS. No entiendo.

JUANA. Rodando, vamos. Más que un *taxi.*

J. LUIS. Ya. *(Lee.)* (¡Pues señor, bien!) *(Leyendo la segunda.)* (¡Hasta ahí podíamos llegar!) Vaya usted a la sala de billar y dígale a ese señor que estaba antes aquí, don Pedro Zaldívar, que venga en seguida.

JUANA. Perfectamente. *(Medio mutis por el foro izquierda.)*

J. LUIS. Oiga usted: una curiosidad. ¿Por qué ha cambiado usted el nombre?

JUANA. ¿Y usted?

J. LUIS. Yo, podía tener mis razones.

JUANA. Y yo, las mías.

J. LUIS. Nada más.

JUANA. Pues *ná* más. *(Mutis.)*

J. LUIS. *(Solo en escena.)* ¡Delicioso! Hay que ver lo que yo me divierto. ¡Oh! *(Vuelve a releer las cartas. Por el foro izquierda salen Perico y*

Juana. Esta última cruza la escena y se va por la derecha.)

PERICO. ¿Qué me quieres?

J. LUIS. Escucha. ¿Tú sueles ver a Anita?

PERICO. ¿La Robledano? Frecuentemente, desde que llegó a Madrid. ¿Qué le ocurre a esa viuda problemática?

J. LUIS. Escucha estas cartas. *(Se dispone a leerlas.)*

PERICO. Vamos a ver.

J. LUIS. *(Leyendo.)* "Amigo ingrato..." ¿Qué te parece?

PERICO. ¡Muy bien! Dos palabritas dulces que no dicen nada y lo prometen todo.

J. LUIS. ¡Vete a paseo! *(Lee.)* "Amigo ingrato: Hace veinte días que estoy en Madrid, y, ¡parece mentira!, sólo te he visto una vez, y tan de lejos, que no estoy muy segura de si te vi de veras o tomé por realidad mi sincero deseo de verte. Para consultarte sobre un asunto mío muy urgente necesito que hablemos cuanto antes. Ven a almorzar conmigo. Como sé que acostumbras a levantarte tarde, te esperaré hasta las tres en el Palace, donde me hospedo. No faltarás, ¿verdad?—*Anita.*" *(Cogiendo la segunda carta.)* La otra.

PERICO. ¿Te ha escrito dos?

J. LUIS. Verás. *(Lee.)* "¿Qué te pasa, Juan Luis? Son las tres y media, y no has venido, lo cual no tiene nada de particular, ni has avisado que no venías, lo cual ya es un poquito más extraño, dada tu probada cortesía... ¿Estás enfermo? Tengo un presentimiento estúpido y una inquietud necia. Si dentro de una hora no he recibido una palabra tuya de explicación, iré a tu casa a ver qué te sucede. Nuestra vieja amistad me da estos privilegios, y aunque no me los diera... soy tonta... siempre lo he sido un poco con los que quiero mucho..., y estoy inquieta sin saber por qué... Hasta ahora mismo.—*Anita.*"

PERICO. ¡Azúcar! Eso no es una carta, es un merengue que se deshace, un cigarrillo turco que aca-

ricia y perfuma... "Soy tonta... siempre lo he sido un poco con los que quiero mucho..." ¡Ay! ¡Si a mí me escribiera siquiera la mitad de la mitad...! Pero hay que tener suerte... ¡y dinero...! ¡Qué mujer!

J. LUIS. ¡Está loca!

PERICO. Por ti... Siempre lo ha estado... Es decir, siempre le ha convenido hacértelo creer.

J. LUIS. A ésta la he huído, te juro que la he huído siempre... Vé al Palace ahora mismo y hazla desistir de su propósito. Dile que no estoy en Madrid.

PERICO. Te ha visto...

J. LUIS. Que estoy enfermo. Que me he muerto ya. ¡Lo que se te antoje!

PERICO. Está empeñada en verte, y no hay que darle vueltas.

J. LUIS. Yo no la quiero ver a ella... La tengo miedo...

PERICO. ¿Tú? ¡El eterno don Juan, el hombre que se ha reído siempre de todas las mujeres!

J. LUIS. ¡Yo, sí! Anita es una mujer fatal... Acuérdate del sino desdichado de todos los hombres que la han querido... Pepe Robles se arruinó y se murió desesperado. Enrique Fuentes se pegó un tiro cuando iba a casarse con ella.

PERICO. ¡Ja, ja, ja! ¡No temas, criatura! Esos hombres la han querido a ella... Ella te quiere a ti, lo cual es muy distinto... Esos y otros... se dice que han sido sus locuras. Tú serías su suprema razón.

J. LUIS. La he demostrado hasta la saciedad que no quiero nada con ella. No sé qué se propone.

PERICO. Casarse contigo.

J. LUIS. ¿Casarse? ¡Vamos, hombre! ¡¡¡Conmigo!!!

PERICO. No te quepa duda. Para ella es cuestión de amor propio... y de numismática, que es más interesante. Su fortuna ha disminuído mucho. Y como a ella le falta y a ti te sobra, quiere ayudarte a gastar tus millones... ¡Las mujeres son tan misericordiosas!

J. LUIS. Pues no quiero, no quiero y no quiero, ¡ea!

Yo no me he de casar con ella... y ella... es una mujer honrada. ¡Aunque no lo fuera!

PERICO. *(Con sorna.)* ¿Honrada?

. LUIS. Eso dicen. Y mientras no se demuestre lo contrario, mi caballerosidad me obliga a creerlo.

PERICO. Y mi malicia, a dudarlo.

. LUIS. Y mi firmísimo propósito a no intentar comprobarlo. ¡No faltaba más sino que me hiciera objeto de sus coqueterías! ¡¡A mí!! Vete a verla, date prisa. Lo mejor es que cojas un *taxi*. ¿Llevas suelto?

PERICO. *(Tentando sus bolsillos.)* ¿Suelto? No, suelto, no; pero cambiaré.

J. LUIS. Toma un duro. *(Se lo da. En este momento salen Isabel y Carlos por el foro izquierda.)* Y ya sabes... ¡que me he muerto!

SABEL. ¡Tío, por Dios, que no me quiero poner triste!

J. LUIS. ¡Je, je...! *(A Perico.)* ¿Ves tú? Era éste, que me decía... *(Sale Carmen por la derecha.)*

CARM. Te estoy esperando, Juan Luis.

J. LUIS. Sí, mujer, ya voy; es que éste... Corre, hombre, que te están esperando.

PERICO. ¡Es verdad, que me están esperando! Con el permiso de ustedes... A sus pies, señora... ¿Isabel? *(Les da la mano.)* Me voy corriendo, que me están esperando. ¡Precisamente a mí! ¡Suerte que tiene uno! *(Mutis por el foro derecha.)*

CARM. Adiós, hombre, adiós. Y anda tú, que se te va a enfriar la comida.

J. LUIS. Vamos, mujer, vamos. *(Carmen y Juan Luis hacen mutis por la derecha.)*

ISABEL. ¿Por qué estás triste?

CARL. No puedo comprenderlo; perdóname.

ISABEL. ¿No puedo comprender, tratándose de ti? Yo, que daría... no sé lo que daría por que estuvieras siempre contento.

CARL. ¿Tú darías?... ¿Por qué?

ISABEL. Porque soy buena amiga tuya y me agradaría contribuir un poquito a tu felicidad. ¿No soy yo tu amiga de siempre, de toda la vida...? ¡Contesta, tonto!

CARL. Mi mejor amiga, sí. Pero es que...
ISABEL. ¿Qué?
CARL. Pues que... No, nada.
ISABEL. ¡Ay, a ver, a ver! Dime eso. Ven aquí; te ha un rinconcito a mi lado. *(Se separa un poqu tín del brazo del sofá donde está sentada. Ca los se coloca en el otro extremo.)* ¡Hombr eso no es un rinconcito, es una explanada! M cerca, que no te voy a comer. *(Se acerca ella.)*
CARL. ¡Je!
ISABEL. ¿Qué dices?
CARL. ¡Je!
ISABEL. Poco es.
CARL. Ya sabes que, a veces, no sé expresarme. L que uno siente...
ISABEL. ¿Qué sientes tú a mi lado?
CARL. ¡Estoy mejor que en ninguna parte!
ISABEL. *(Muy contenta.)* ¿De verdad?
CARL. ¿No lo sabes?
ISABEL. Nunca me lo has dicho.
CARL. Es verdad. ¡Pero soy tan amigo tuyo...! I siempre. Tu mejor amigo, Isabel. Por eso qu ría decirte...
ISABEL. ¡Ay! ¿Qué, qué?
CARL. ¿No te enfadarás conmigo si te digo una cos
ISABEL. ¡No seas pesado! ¡Dime lo que quieras, q no me enfado!
CARL. ¡Ya estás enfadada!
ISABEL. Es que me desespera tu timidez.
CARL. Verás... Claro que yo no tengo derecho a h blarte como lo voy a hacer. Pero es por bien.
ISABEL. ¡Ay, hijo, qué solemnidad!
CARL. Y un poco, además, por curiosidad mía, te confieso. El domingo... te vi en el teatro ba tante entusiasmada con... un muchacho.
ISABEL. ¡Ah, sí! Agustín Covisa. ¿Le conoces?
CARL. Fuimos compañeros de colegio.
ISABEL. Simpático, ¿verdad?

ARL. Mucho, sí; pero... Ante todo, perdona mi indiscreción. ¿Te hace el amor?

ABEL. ¿Agustín Covisa? No.

ARL. *(Muy contento.)* ¿De veras, Isabel? No sabes el peso que se me ha quitado de encima.

ABEL. No me hace el amor, pero me lo hizo. Ahora ya no, ¿sabes?, porque somos novios.

ARL. *(Con un grito.)* ¿Qué? ¡Isabel!

ABEL. ¡Ay! ¡Me has asustado!

ARL. ¿Novia tú de ese majadero?

ABEL. *(Ofendida.)* Oye, haz el favor, ¿eh?

ARL. Perdóname. Yo soy el majadero, y el bruto, y el estúpido. Hoy tengo un día negro, y no sé lo que me digo. ¡Perdóname!

ABEL. *(Rompiendo a reír, a pesar suyo.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

ARL. Isabel, no te rías. ¡No te rías, que me haces daño!

ABEL. Es que, ¡ja, ja, ja!, me has hecho mucha gracia. ¡Ja, ja, ja! *(Pausa.)* No te apures, hombre. Agustín Covisa no se ha ocupado nunca de mí. Yo no tengo novio. Soy demasiado fea para que nadie me haga caso.

ARL. ¿De veras, Isabel? ¡Ay, qué alegría me das!

ABEL. ¿Porque soy fea?

ARL. Por no tener novio. ¿No es para alegrarse?

ABEL. Yo, no. Estoy deseando tenerle, hijo; te lo confieso. ¡Pero como soy tan fea!...

ARL. Mujer...

ABEL. ¡Hijo, por Dios, haz el favor de decirme de una vez que no soy fea, o tendré que decirlo yo! ¡No seas pazguato!

ARL. ¡Tantas cosas quisiera decirte!

ABEL. ¿Que no sabes por dónde empezar? Por eso no te apures. Empezaré yo. ¿Cuándo nos casamos?

ARL. ¡Isabel! ¿Quiénes?

ABEL. ¿Quiénes han de ser? Tú y yo, tonto... (¡Ay, qué vergüenza!)

ARL. ¡Isabel de mi alma, cuando tú quieras! Si yo te he adorado siempre, si eres tú la única mu-

jer que ha existido para mí en el mundo. ¡Vida mía, mi amor, mi todo! Dime: ¿será posible tanta felicidad?

ISABEL. *(Muy emocionada, dice que sí con la cabeza.)*

CARL. ¡Dí! *(Isabel vuelve a hacer signos afirmativos.)* ¿Qué dices?

ISABEL. ¡Que sí, hombre; que sí!

CARL. *(Tomándole una mano.)* ¡Mi vida!...

ISABEL. *(Ruborizada y feliz.)* ¡Tonto! *(Carlos vacila. No sabe qué hacer con la mano que, amorosa, le abandona su amada, ni se atreve a soltarla. Al fin, muy suavemente, la levanta hasta la altura de su boca y posa en ella sus labios. Isabel, entonces, la retira prontamente.)* ¡Huy, qué atrevido! Déjame, loco, déjame; que ahora soy yo quien tiene vergüenza... *(Pausa. Los dos se miran silenciosamente a los ojos con ilusión. Después, Isabel rompe a reír nuevamente.)* ¡Ja, ja, ja!

CARL. ¿De qué te ríes ahora?

ISABEL. De una cosa que me dijiste antes. ¿Y eras tú el que no sabía expresarse? ¡Si llegas a saber!... *(Y se ruboriza, después de decirlo. El se ruboriza también, y los dos bajan los ojos. Carlos, para disimular su turbación, le coge nuevamente una mano y se la besa. Ella se la abandona esta vez. Se oye dentro a Juan Luis que tose. Los novios, entonces, se separan. Juan Luis vuelve a toser, y se distancian más. Por la derecha salen Carmen y Juan Luis.)*

ISABEL. ¡Jesús, tío, qué tos! Debes tomar jarabe.

J. LUIS. Gracias, sobrinita. Esta tos mía no se cura con potingues. *(Carmen sonríe y se pone el sombrero que, con el de Isabel, estará sobre un mueble.)*

ISABEL. ¿Nos vamos, mamá?

CARM. Cuando quieras, hija. Es decir, cuando quieras, no. Ahora mismo, que yo tengo que hacer. *(Isabel se pone el sombrero.)*

J. LUIS. No puedo resignarme a quedar bajo el peso de mi descortesía... Esto no puede quedar así.

CARM. Tú dirás.

J. LUIS. Os convido a cenar el lunes en el Ritz. Pero por todo lo alto, ¿eh? Quiero solemnizar... *(Bajo a Carmen.)* Mi cambio de vida, Carmen. Tú verás cómo ahora va de veras.

CARM. No te creo.

CARL. *(Bajo, a Isabel.)* Te quiero, Isabel.

ISABEL. Y yo a ti. ¡Con toda mi alma!

CARM. Adiós, mala persona. Y conste que no te agradezco este convite. En fin... ¡Vamos, niña!

ISABEL. *(Que estaba muy acaramelada.)* ¡Ay! Vamos, mamá.

J. LUIS. Pasad. *(Vanse los cuatro por el foro derecha. A poco vuelve a salir Carlos. Se sienta en el sofá. Sale Juan Luis.)*

J. LUIS. ¿Vas a salir?

CARL. ¿Cómo? *(Se levanta.)*

J. LUIS. ¿Que si sales?

CARL. Ah, no sé. Más tarde. Quizá.

J. LUIS. Yo estoy invitado a tomar el te en la Embajada de Italia. ¿Quieres venir?

CARL. No conozco a nadie. Me aburriría.

J. LUIS. A tu gusto. Tenemos que charlar largamente, muchacho, ¡largamente!

CARL. Cuando tú quieras.

J. LUIS. Luego vendré a buscarte para que cenemos juntos en La Peña. Ahora voy a vestirme.

CARL. Hasta ahora, papá. *(Juan Luis hace mutis por la lateral derecha. Carlos se sienta ante una mesita escritorio y comienza a escribir una carta.)*

CARL. *(Escribiendo.)* "Isabel de mi alma: Soy un necio... Perdóname." *(Por el foro derecha salen Anita y Juana.)*

JUANA. Pase la señora. ¡Ah! ¿No está el señor?

CARL. *(Poniéndose en pie.)* En su cuarto, vistiéndose.

ANITA. Entonces no le moleste usted... esperaré... no tengo prisa. *(Juana sale. A Carlos.)* Siga usted escribiendo... No se interrumpa usted por mí.

CARL. ¡Señora, por Dios!... Si usted me lo permite,

tendré el honor de hacerle compañía mientras mi padre...

ANITA. ¡Ah! ¿Es usted Carlos?

CARL. ¿Sabe usted mi nombre?

ANITA. ¿Cómo no, siendo amiga de su padre de usted? Es usted su orgullo... ¡Un muchacho tan bueno, tan serio, tan formal! Hay que oír cómo lo dice. Y lo dice a menudo, ¡porque no sabe hablar más que de usted!

CARL. ¡Mi padre me quiere más de lo que merèzco!

ANITA. Es natural..., su hijo único..., algo tan suyo y tan distinto a él. ¡No sale de su asombro! *(Ríe.)*

CARL. ¡No se figure usted tampoco que soy un modelo de virtudes!

ANITA. No faltaría más.

CARL. Aunque quisiera serlo...

ANITA. ¡No, por Dios! Hay que tener siquiera unos cuantos defectos..., si no, no vale la pena de vivir.

CARL. ¿Usted cree?

ANITA. Estoy segura. Por nuestras cualidades nos estiman muchos...; por nuestros defectos nos quieren unos pocos... Precisamente, los que nos importan. ¡Un modelo! ¿A usted se le ha ocurrido alguna vez cuando estudiaba Historia en el colegio, enamorarse de doña Juana de Castilla? En cambio, se habrá usted sentido capaz de todas las locuras soñando, por ejemplo, con madame Pompadour, ¿no?

CARL. *(Muy confuso.)* Sí, a veces.

ANITA. Pues lo mismo nos pasa a las mujeres. Guzmán el Bueno nos aburre de muerte, y don Juan Tenorio nos vuelve locas. Si quiere usted que le quieran de veras, procure usted tener siquiera un rinconcito *non sancto.*

CARL. *(Sin saber qué decir.)* ¡Je!

ANITA. *(Mirándole.)* En cuanto entré debí figurarme quien era usted. Se parece usted bastante a su padre. En lo físico, claro. A su madre se parece usted menos.

CARL. ¿La conoció usted?

ANITA. De vista, como todo el mundo. ¿Quién no la conocía? Era una de las mujeres más hermosas que se paseaban por Madrid.

CARL. Y muy buena, la pobre.

ANITA. En esas dos cosas se parece usted a ella.

CARL. *(Azoradísimo.)* ¡Por Dios! ¡Yo!... ¡Para guapa, usted!

ANITA. ¡Ja, ja, ja! Muy amable. *(Saca una primorosa pitillera y le ofrece.)* ¿Un cigarrillo?

CARL. No, gracias; no fumo.

ANITA. *(Se ríe.)* ¿Ni eso?

CARL. No es por virtud, se lo aseguro a usted. Es que..., es que... no he fumado nunca.

ANITA. ¿Nunca? Entonces sí va usted a fumar uno... son de principiante..., suavecitos.

CARL. *(Cogiendo el cigarrillo y oliéndolo.)* Huelen bien.

ANITA. Perfumados de rosa..., no marean, ya verá usted... ¿Cerillas? *(Deja la pitillera sobre la mesita.)*

CARL. Aquí están. *(Las coge de la mesita y enciende el cigarrillo de ella, sosteniendo la cerilla.)*

ANITA. Gracias.

CARL. ¡Huy!

ANITA. ¿Se ha quemado usted?

CARL. Un poco... La falta de costumbre...

ANITA. Ahora me va usted a guardar rencor por la quemadura... Yo que quería que guardase usted el buen recuerdo de la primera nubecilla de humo. ¿No enciende usted?

CARL. Sí. *(Enciende y fuma.)*

ANITA. ¿Qué tal?

CARL. *(Mintiendo.)* ¡Muy agradable!

ANITA. No mienta usted por galantería... Tírelo usted si no le agrada... Yo tengo este vicio... Cigarrillos perfumados: unos, de rosa...; otros, de ámbar; otros... ayudan a soñar; es decir, a mí, ya, a recordar... Cada perfume es una memoria... Se ve subir el humo, enroscarse, destrenzarse, perderse... Se respira el aroma, y

el recuerdo llega perfumado, esfumado..., un poco lejano, un poco melancólico... Usted perdone. Le hablo a usted de recuerdos, a usted que todavía no puede tener más que esperanzas. ¡Chocheces de vieja!

CARL. ¿Vieja usted?

ANITA. Junto a usted, antediluviana.

CARL. *(Impulsivo.)* ¿Cuántos años tiene usted? *(Apuradísimo por la indiscreción.)* ¡Ay, usted perdone!

ANITA. ¡Ja, ja, ja! Pregúnteselo usted a su padre.

CARL. A mi padre. ¡Es verdad! ¡Cuánto tarda! Voy a decirle que está usted esperando.

ANITA. ¡No! El saldrá... Es decir..., a no ser que a usted le moleste la compañía.

CARL. *(Vivamente.)* ¡Señora!...

ANITA. No tengo prisa... He venido a buscarle para hablar de un asunto harto prosaico: unas acciones que quiero negociar, y acaso él... Pero usted tal vez tenga que salir...

CARL. ¡No, no! ¡De veras! Y, además, encantado... Si usted no se aburre...

ANITA. Al contrario. ¡Me da el corazón que usted y yo vamos a ser muy buenos amigos! Es decir, por mí... ya lo somos.

CARL. Señora...

ANITA. Llámeme usted por mi nombre... Me llamo Anita.

CARL. ¿Anita?

ANITA. Anita Robledano..., viuda de Robledano. ¿No le ha hablado a usted nunca su padre de mí?

CARL. No...; es decir...

ANITA. No, sin es decir, no me extraña. Su padre de usted es un niño mimado, y puede darse el lujo de olvidar a quienes más le quieren. Por un olvido suyo estoy yo aquí. Venía un poquitillo enfadada, pero ahora casi le agradezco la falta de memoria..., puesto que me ha dado ocasión de encontrar a su hijo..., su hijo..., ¡que casi pudiera serlo mío!

CARL. ¡No diga usted eso!

ANITA. ¿Por qué no, si es verdad? ¡Ja, ja, ja! Ahora recuerdo; no es ésta la primera vez que nos vemos.

CARL. *(Con ilusión.)* ¿No?

ANITA. No. Pero no se empeñe usted en recordar. Fué una tarde de mayo, en el Retiro, hace... ¡diez y ocho años! Usted llevaba un trajecito rosa que era un primor, e iba usted formalísimo en brazos de su niñera inglesa. Yo ya había empezado a soñar con un novio capitán, arrogante y elegante, que hoy casi es general, tiene una panza horrenda ¡y ha olvidado hasta el santo de mi nombre! *(Fuma lánguidamente.)* ¿De veras no tiene usted que salir?

CARL. No, y aunque tuviera. Pero no... Después de almorzar nunca salgo. Me quedo aquí leyendo.

ANITA. Hace usted una vida muy retraída.

CARL. ¡No lo crea usted! Todas las mañanas salgo a caballo, y muchas tardes suelo ir al teatro o a casa de mi tía Carmen.

ANITA. La viuda de Zugasti...

CARL. ¿Usted la conoce?

ANITA. Tiene una chiquilla preciosa.

CARL. ¡Sí, no está mal!

ANITA. ¡Qué va a estar mal, por Dios!

CARL. ¡Sí, no está mal!

ANITA. ¿Y por las noches sale usted?

CARL. Pocas veces.

ANITA. ¿Viviendo en Madrid, que es la ciudad noctámbula por excelencia? A mí me encantan las noches de Madrid. Como no está muy bien alumbrado, se le ven menos los defectos, y, en cambio, resaltan sus buenas cualidades, su cordialidad, su alegría. Yo vivo generalmente en París, y allí me voy a mi casita temprano, como todo el mundo; pero en Madrid nunca me canso de estar danzando... Si usted quiere, me encargo de animarle un poquito... Venga usted a verme... Estoy en el Palace... Los miércoles reúno allí para tomar el te a unos cuantos ami-

gos, muy pocos... los íntimos. Mañana es miércoles. ¿Quiere usted venir?

CARL. Encantado.

ANITA. ¿A las seis?

CARL. Con muchísimo gusto.

ANITA. ¿De veras..., no tenía usted otro plan?

CARL. ¡Aunque lo tuviera! *(Anita se ríe. Sale Juan Luis por la derecha, vestido de chaquet. Ve a Anita de espaldas y a Carlos de frente.)*

J. LUIS. ¡Mi hijo y una mujer!

CARL. Aquí tiene usted a mi padre.

ANITA. *(Volviendo la cabeza.)* ¿Tan pronto?

J. LUIS. ¿Qué? ¡Anita! ¿Tú?

ANITA. Eso parece. ¿Te disgusta verme?

J. LUIS. ¡Qué cosas tienes! ¿Disgustarme? Encantado, mujer, ya lo sabes. Pero me asombra. ¿Has visto a Perico?

ANITA. Por eso me sorprende a mí tu extrañeza. Ha ido al hotel a decirme, de tu parte, que perdonara el que no vinieras a verme, porque estabas algo malucho; pero que con mucho gusto me recibirías en tu casa.

J. LUIS. (¡Lo mato!)

CARL. Con su permiso... Les dejo a ustedes...

J. LUIS. ¿Conocías a mi hijo?

ANITA. ¡Hemos estado un gran rato charlando aquí solitos! Ya somos grandes amigos, ¿verdad?

J. LUIS. *(Escamado.)* Sí, ¿eh?

CARL. Indudable.

ANITA. *(Despidiéndose.)* Pues tantísimo gusto, señor don Carlos... Quedamos... en eso, ¿eh? ¡No se le olvidará a usted!

CARL. Quedamos en eso, y agradecidísimo. Adiós, señora.

ANITA. ¿Señora? *(Sonríe.)*

CARL. *(Muy confuso.)* ¡Adiós, Anita!

J. LUIS. (¡Huy, huy, huy!) *(Carlos hace mutis por el foro izquierda.)* Oye, ¿qué es... *eso?* ¿En qué quedamos? Digo, ¿en qué quedáis?

ANITA. Simpático tu hijo. ¡Bastante más galante que tú!

J. LUIS. Muy amable. Estoy a tus órdenes. ¿Qué me quieres?

ANITA. Quería, pero se me ha hecho un poco tarde. Otro día cualquiera te diré. *(Mira su reloj de pulsera.)* Las cinco ya, ¡qué horror! Cómo se pasa el tiempo. Tengo mucha prisa. ¡Adiós, Juan Luis!

J. LUIS. Pero, mujer, si me decías en tu carta...

ANITA. ¡Has tardado tanto tiempo en salir! Después de todo, no es nada urgente. Otro día hablaremos. O te escribiré. Sí, es mejor que te escriba. Te escribiré largo, explicándote lo que deseo. Ea, adiós. *(Sale por el foro derecha.)*

J.LUIS. ¡Pero, Anita! ¡Anita...! ¡Nada, que se va! ¡Se ha ido! ¡Huy, huy, huy! ¡Hombre, hombre, hombre! ¡Ah, pues eso no! ¡Mil veces no! ¡Mi hijo, no! ¡Pues no faltaba más! *(Llamando.)* ¡Carlos... Carlos!

CARL. *(Por el foro izquierda.)* ¿Qué quieres, papá?

J. LUIS. Escucha, Anita... ¿Ya sabes...? Anita...

CARL. Sí, sí; Anita. ¿Qué?

J. LUIS. Oye: te ha invitado a tomar el te, ¿no?

CARL. ¿A mí?

J. LUIS. ¿No? Eso me ha dicho.

CARL. ¡Ah, sí, es verdad!

J. LUIS. ¿A qué hora? Te lo pregunto porque a mí me ha invitado también.

CARL. ¿A ti también?

J. LUIS. Sí, a eso venía: para invitarme a mí. Pero no me ha dicho la hora.

CARL. A las seis, en el Palace, mañana.

J. LUIS. A las seis... en el Palace... Perfectamente. Entonces ya lo sabes. Mañana, a las seis, iremos juntos...

CARL. (Juntos.) *(Enciende uno de los cigarrillos que ha dejado Anita olvidados sobre la mesa y fuma.)*

J. LUIS. ¿Fumando tú?

CARL. Sí..., son muy suaves... y huelen muy bien. *(Fuma y mira subir el humo con aire de ensueño.)* ¡Perfume de rosas!

ACTO SEGUNDO

La misma decoración y a la misma hora que en el acto primero. En la mesita de la derecha hay servicio de café y licores.

(Carmen, Isabel y Juan Luis forman grupo ante la mesita. Carlos está sentado en el sofá de la izquierda con aire displicente.)

ISABEL. *(Sirviendo.)* ¿Cómo lo quieres, tío?
J. LUIS. Tres terrones. Más leche que café. Gracias.
ISABEL. Para ti, mamaíta.
J. LUIS. El café solo me hace daño. Lo vengo notando.
CARL. Pues quien toma café con leche y con azúcar hace de tres cosas buenas una mala. Yo, solo, Isabelita. En toda la extensión de la palabra.
ISABEL. *(Sirviéndole.)* A tu gusto. ¿Coñac, tío?
J. LUIS. No, hijita; muchas gracias.
CARM. ¡Ja, ja, ja!
J. LUIS. ¿De qué te ríes?
CARM. De nada, hombre. Te advierto que no me enfado si tomas coñac.
J. LUIS. Un día me dijiste que bebía demasiado. ¡No vuelvo a beber!
CARM. ¡Pero, hombre...!
J. LUIS. Nada, nada. Para mí una indicación tuya es una orden.
CARL. *(A Isabel, que le lleva coñac.)* ¿Qué me traes ahí?
ISABEL. ¿Tú tampoco quieres coñac?
CARL. No.
ISABEL. Pues el otro día en casa lo tomaste.
CARL. En tu casa, sí; pero aquí, no. Aquí tomo otra cosa. *(Por el foro derecha sale un criado. Trae en una bandeja un vasito pequeño, que deja delante de Carlos.)* Ya viene.
J. LUIS. Oye, tú: ¿qué es eso?
CARL. Una mezcla que he inventado yo. ¡Riquísima...!

Coñac, una cucharadita de jarabe de grosella, una copita de *whisky*, otra de ginebra, un poco de menta, vermouth y mostaza inglesa.

J. LUIS. ¡Azúcar!

CARL. ¡Sin azúcar! ¿No ves que ya tiene la grosella?

ISABEL. ¡Qué atrocidad!

CARM. ¡Pero eso es un explosivo!

CARL. *(Después de apurar el vaso de un trago, con voz aguardentosa.)* ¡A mí me gusta!

J. LUIS. Además, que esas bebidas se toman siempre antes de comer; pero después, no.

CARL. Yo la tomo antes y después. Abre el apetito y ayuda a hacer la digestión.

J. LUIS. ¡Vas a reventar!

CARL. ¡Mejor!

J. LUIS. ¡Allá tú!

CARL. ¡En algo he de entretenerme!

J. LUIS. ¡Caramba! ¿Y por qué no te compras una pelotita, hijo?

CARL. Porque no me llega el dinero.

J. LUIS. ¿Te lo regateo yo, galán?

CARL. ¡Tú sabrás!

J LUIS. Hace dos meses te tripliqué tu mensualidad, que, en efecto, era muy reducida. Ahora no te basta con eso y me pides extras. ¡Y qué extras, querida Carmen!

CARL. Después de todo, ahora no me hace falta... ¡Llevo dos días sin salir a la calle!

ISABEL. Eso no es verdad. Esta mañana has salido conmigo.

CARL. Que es como no salir.

J. LUIS. *(Severo.)* ¡Carlos...! ¡Carlos!

ISABEL. *(Ofendida.)* ¡Ay, hijo...!

CARL. Perdóname. No sé lo que me digo. Hoy tengo un día negro...

J. LUIS. Lo que tienes es una asadura que no te cabe en el cuerpo. ¡Me, me, me, me desesperas, hijo!

CARL. ¿Yo a ti? ¿Yo a ti? ¿Yo te desespero?

J. LUIS. ¡Sí, sí, si! ¡Tú a mí! ¿Qué?

CARL. ¿Yo? Papá, permite que te diga que me haces reír.

J. LUIS. ¡Permite que te diga que eres un necio!

CARL. Ahora tengo yo todos los defectos. ¡Es natural! Desde que tú tienes todas las virtudes...

CARM. *(Escandalizada.)* Pero, Carlos, ¡hijo!

J. LUIS. ¡Estás inaguantable! ¡Buenas tardes! *(Se levanta y sale por la derecha. Isabel, sin pronunciar palabra, se va tras él.)*

CARL. ¿Dónde vas tú?

ISABEL. *(Desde la puerta, sin volverse.)* ¡Con tu padre!

CARL. ¿A qué?

ISABEL. A lo que me parece. *(Mutis.)*

CARL. ¡Está bien! Todo el mundo conjurado para desesperarme.

CARM. *(Con suavidad.)* Yo también tengo que reñirte, hijo. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así?

CARL. No soy yo quien provoca la guerra, te lo aseguro. *(Enciende un puro tamaño y llena la habitación de humo.)*

CARM. *(Tosiendo.)* ¡Ay, hijo! Antes no fumabas; pero desde que fumas...

CARL. No me gusta hacer nada a medias. ¿No dice Isabel que todo el mundo debe fumar? ¡Pues puro, y de a cuarta!

CARM. ¡Qué chiquillo eres!

CARL. ¿Tú también?

CARM. Es decir..., ¡qué hombre! Hijo, ninguno salís nunca del todo de la infancia... Ven aquí. ¿Qué te pasa? Es decir, ¿qué pasa entre tu padre y tú?

CARL. Qué le pasa a él hay que preguntar. Y debe ser muy grave.

CARM. *(Con inquietud.)* Sospechas... ¿Tal vez una nueva aventura?

CARL. ¡Sí, sí, aventura! Está inaguantable. ¡Ha dado un cambiazo terrible! Ahora se ha dedicado a la virtud, ha renunciado a sus antiguas amistades, no fuma, no bebe, no sale de noche... ¡Y lo que es peor!

CARM. *(Burlona.)* ¿Todavía peor?

CARL. ¡Peor! ¡¡No me deja salir a mí...!! ¡Intolerable!

CARM. Estoy asombrada. Hasta mí habían llegado noticias de que tu padre se había formalizado mucho; pero nunca creí que de tal modo. Lo que no comprendo es por qué te disgusta. ¿No era lo que tú deseabas?

CARL. Tanta formalidad ya es demasiado... Además.. ¿Tú sabes cómo me tiene? No me deja vivir. Me riñe y me castiga como si fuera un chiquillo de diez años. Figúrate que hace dos días me tiene ¡castigado! *(Ríe.)*, sin salir a la calle.

CARM. ¿Y en qué se funda?

CARL. ¿Qué sé yo? Imaginaciones suyas. Hasta imaginativo se ha vuelto. Y no creas que todo se reduce a lo que te he contado. ¡Hay más!

CARM. ¿Todavía más?

CARL. Muchísimo más. ¡Si tú supieras!

CARM. Me tienes en vilo.

CARL. Lo que voy a decirte ahora te pido que no lo propales... El no lo oculta, ¿sabes? Pero yo no quiero de ninguna manera que se sepa por mí. Al fin y al cabo es mi padre.

CARM. ¿Qué es ello?

CARL. ¡Se ha hecho de la Unión Patriótica! ¿Qué te parece?

CARM. ¡Ja, ja, ja!

CARL. ¡El, que ha sido siempre de ideas tan avanzadas! De la Unión Patriótica y del Somatén. Y como no sabe manejar un arma de fuego, porque en su vida le ha gustado cazar, va por las mañanas a aprender la instrucción a una academia de esas donde preparan a los muchachos de cuota. Sus compañeros creo que le llaman "el cabo primero", no te digo más.

CARM. ¡Ay, Carlitos, de qué manera tan distinta juzgamos unos y otros los actos de nuestros semejantes! Lo que para ti es motivo de disgusto constituye una de las mayores satisfacciones de mi vida. Prescindo de los detalles; ver-

daderamente, hay algunos un poco cómicos que me has contado del cambiazo, como tú di ces, que ha dado tu padre. "¡Si tú supieras!" me decías antes de contármelo, como si s tratara de un crimen. Yo siento deseos de de cirte también a ti: ¡Si tú supieras, Carlos; s tú supieras la satisfacción que me has dado!

CARL. *(Un poco desconcertado.)* ¿A ti, por qué?

CARM. Por... *(Recogiendo velas.)* Me dolía tanto ver le en el despeñadero, perdiendo el tiempo, l vida y la fortuna; viviendo en juerga conti nua, metido en aventuras de todas clases... ¡Y a su edad!

CARL. ¿Pero es de su edad la vida que hace ahora ¡Si parece viejo! Yo temo que esté enfermo Ta vez le han dado algún disgusto... No sé... ¡Y esa severidad conmigo! Tampoco es natural ¡Me tiene frito!

CARM. Eso es lo que más te disgusta, ¿no?

CARL. *(Con mal humor.)* ¿Es que vas a ponerte tam bién de su parte? ¡No me faltaba más! El m atormenta, tú le das la razón, Isabel no le deja ni a sol ni a sombra y se pasa el día de secre tos con él... ¡Hablando mal de mí, estoy se guro!

CARM. *(Mirándole con seriedad.)* ¿Seguro? ¿Es que le has dado motivos para ello?

CARL. *(Con recelo.)* ¿Por qué me dices eso?

CARM. *(Grave y serenamente.)* Escúchame, Carlos. Yo también estoy un poquito preocupada y quie ro hablar contigo.

CARL. *(Desconcertado.)* Tú dirás...

CARM. Cuando te pusiste en relaciones con mi hija tuviste la delicadeza de darme cuenta de vues tro noviazgo.

CARL. Era lo natural, dada la intimidad que había entre tú y yo.

CARM. Y porque querías formalizar en seguida... As me dijiste.

CARL. Cierto. *(Sin mirarla.)*

CARM. Tu lealtad, que agradecí mucho, era inútil... Yo estaba enterada.

CARL. ¿Enterada? ¡Imposible! Nos habíamos puesto de acuerdo aquella misma tarde.

CARM. ¡Ahí verás tú...! Y eso es lo que te quería decir, hijo. Antes, cuando no estabais en relaciones, yo y todo el mundo creíamos que erais novios y que os adorabais. Ahora que sois novios oficialmente, a todos y a mí nos parece mentira.

CARL. *(Balbuceando.)* ¡Qué cosas tienes...! ¡Por Dios, tía Carmen! ¿Por qué me dices eso? *(Sale Juan Luis por la derecha.)*

CARM. *(Viéndole.)* Tu padre.

CARL. *(Precipitadamente y cogiendo la ocasión por los cabellos.)* ¿Mi padre? ¡Me marcho! ¡No quiero hablar con él! *(Mutis por la derecha.)*

CARM. (Ni con él ni conmigo. ¿Qué sucede aquí? ¡Calma..., calma!)

J. LUIS. ¿Dónde va ése?

CARM. A cambiar de ambiente, que por lo visto le hace mucha falta.

J. LUIS. ¿Por qué?

CARM. En primer lugar, porque, según parece, tú no le dejas ni respirar.

J. LUIS. ¿Eso ha tenido el tupé de decirte?

CARM. Me parece que extremas tu severidad con él. Además, está preocupado por ti... Dice que has cambiado... Te encuentra caviloso, triste... Teme que hayas tenido algún disgusto.

J. LUIS. Los que él me da, que no son flojos.

CARM. No piensas que tiene más de veinte años: ¡Le has castigado a no salir de casa...!

J. LUIS. Figúrate que un buen día me dice después de cenar: "Papá, voy a salir un rato." Te confieso que más bien me agradó. Como sabes, yo estaba un poco harto de su excesiva formalidad. ¡Sí, sí, formalidad...! El pimpollo se pasó la noche fuera.

CARM. ¿Es posible?

J. LUIS. Lo que oyes, hija mía. ¡Claro que yo le dije...!

¡Figúrate! Le dije: "Carlitos, ésta es una casa decente, hay que recogerse a una hora decente. En esta casa, el que llegue después de las cinco de la mañana, no entra." ¡Ah, estuve muy duro!

CARM. ¡Qué atrocidad! Pues ¿a qué hora vino?

J. LUIS. A las tres de la tarde, figúrate. A ese chico me lo han engatusado. Yo no habré tenido nunca voluntad; pero te aseguro que para salvarle la voy a tener ahora. Estoy decidido, cueste lo que cueste, y para eso... ¡necesito tu ayuda, Carmen!

CARM. ¿Qué puedo hacer yo?

J. LUIS. Sé que acabo de darte un disgusto..., por tu hija. Sé que estaría justificadísimo el que, desde ahora mismo, te opusieras a sus relaciones con Carlos... Pero te suplico que no lo hagas.

CARM. Es que hay cosas...

J. LUIS. ¡No te opongas, Carmen...! Tú me has dicho, y lo creo, que mi hijo quiere a tu Isabel sinceramente desde que eran niños. La nube pasará. Mas para que pase es necesario que Isabel no riña con él. Y eso tú eres quien ha de conseguirlo.

CARM. Dificilillo va a ser si se ha enterado de algo...

J. LUIS. Se ha enterado de eso y de algo más, que yo, aunque sospechaba, aún no sabía. Pero, a pesar de todo, y aunque fuera más grave, es preciso que no le abandone. A un hombre bueno que va por mal camino no le salva más que un sincero y noble cariño de mujer. ¡Haz lo que puedas, Carmen! ¡Te lo suplico por lo que más quieras, por el cariño de tu hija! ¡Después de todo, también va en ello su felicidad!

CARM. No sigas, Juan Luis. Por lo que más quiero lo haré.

J. LUIS. Gracias..., gracias.

CARM. Apurado te veo.

J. LUIS. Más de lo que parece... ¡Este chiquillo! Estaba yo tan orgulloso de que se pareciese tan poco a mí... Y ahora me da terror, y pienso: "De tal

palo, tal astilla." Salvádmelo vosotras, si podéis.

CARM. *(Sonriendo con melancolía.)* Descuida, hombre; se hará lo posible.

. LUIS. *(Con emoción.)* Carmen...

CARM. ¿Qué?

. LUIS. Perdóname.

CARM. ¿Qué tengo que perdonarte ahora?

. LUIS. Mi egoísmo de padre. Hubiera querido... y debido decirte tantas cosas de ti y de mí... y ya ves, llega el momento de estar solo contigo, y no te sé hablar más que de mi hijo.

CARM. *(Sonriendo.)* ¡No te apures, hombre! Precisamente hoy que no me dices nada es cuando empiezo a creer en ti. *(Entra como una exhalación Isabel. Detrás de ella, pero más despacio y con cara de pocos amigos, Carlos.)*

SABEL. ¡Mamá, vámonos!

CARM. ¿Adónde, hija?

SABEL. Adonde tú quieras. ¡Pero lejos de aquí!

CARM. ¡Adiós!

SABEL. ¡Hemos terminado para siempre!

. LUIS. ¡Eso no es posible!

SABEL. Pero es verdad. Parece mentira; pero es verdad.

. LUIS. ¡Vamos, vamos, cálmate! Eso es una chiquillada.

CARL. Eso le he dicho yo: una chiquillada sin fundamento alguno.

SABEL. *(Con vehemencia.)* ¡Sin fundamento! ¡Tan sin fundamento como el cariño que me mentiste! *(Repitiendo las palabras que él dijo en el primer acto.)* "Isabel de mi alma, si te he adorado siempre...; si eres la única mujer que ha existido para mí en el mundo." ¿Chiquilladas, verdad? "¡Vida mía... amor mío...!" ¡Chiquilladas! Me las decías hace una semana..., un siglo, ¿no? Cuando eras un chiquillo... *(Con amargura.)* Ahora ya eres ¡un hombre!

CARL. *(Con protesta y enojo.)* ¡Isabel!

SABEL. ¡Ja, ja, ja! Ella sí... ¡es toda una mujer! En

cambio, yo sigo siendo una niña, buena, tonta inocente, imbécil, ¿no?

CARM. ¡Criatura!

ISABEL. ¿Verdad? Ya lo ves, hasta mi madre lo dice: criatura... ¡En pañales...! Pues ya ves, a pesar de ser tan niña y tan boba, no consiento que tú, que de repente te has hecho un hombre, te diviertas conmigo. ¡No me da la real gana de que a espaldas mías te diviertas con otra! ¡Hemos terminado!

CARL. Has terminado tú, que no es lo mismo. Yo no hago más que acatar tu decisión.

ISABEL. ¡Qué obediencia tan ejemplar!

CARL. ¿No es lo que tú quieres?

ISABEL. ¡Eso precisamente!

CARL. ¡Pues a tu gusto!

ISABEL. ¡Y al tuyo!

CARL. ¡Eso es cuenta mía! *(Da media vuelta y se acerca al balcón.)*

J. LUIS. Chiquilla, has hecho una gran tontería.

ISABEL. Como soy tonta, es lo natural.

J. LUIS. Ea, llévatela..., que la dé un poco el aire, que se tranquilice.

ISABEL. Sí, sí, vámonos, mamá. ¡Vámonos!

CARM. Vámonos.

J. LUIS. *(Acercándose a su hijo.)* Eres un idiota. Dí algo a esa criatura.

CARL. *(Entre rabia y pena, acercándose a Isabel.)* Pero ven acá, chiquilla loca. ¿Cómo es posible que creas de mí... tú... esas atrocidades que me has dicho? ¿Quién te ha engañado?

ISABEL. ¡No te acerques a mí!

CARL. Como tú quieras... Pero tú habrás tenido la culpa.

ISABEL. ¡Mejor! Más vale tener la culpa que pagar la pena. Adiós. Adiós, tío.

J. LUIS. Adiós, mujer.

ISABEL. *(Desde la puerta, mirando a Carlos.)* ¿Adiós?

CARL. *(Sin moverse.)* Adiós.

ISABEL. *(Con pena rabiosa.)* ¡Adiós! *(Sale por el foro con violencia, y su madre la sigue, después de*

estrechar en silencio la mano a Juan Luis. Carlos se dispone a salir por la otra puerta, pero su padre le detiene.)

. LUIS. ¿Adónde vas?

CARL. A mi cuarto. ¿Quieres algo?

. LUIS. Que me escuches unos instantes. Porque supongo que no tendrás nada que hacer.

CARL. Afortunadamente.

J. LUIS. ¡Muy bonito! Cuando terminaste tu carrera estabas encantado con la idea de ir a trabajar de pasante al bufete de Sambenítez.

CARL. ¿Para qué?

J. LUIS. Hijo mío: eres más inútil que una "Guía de Ferrocarriles".

CARL. Me extraña que seas tú quien me hable así.

J. LUIS. Mira, Carlos: el que ha nacido golfo tiene probabilidades de ser alguna vez persona decente. Pero quien nace persona decente y después se hace golfo corre el peligro de morirse siéndolo. Para impedir que tú lo seas he de emplear cuantos medios estén a mi alcance. Ya quedas advertido... ¿Qué dices?

CARL. Te escucho con respeto... y con asombro.

J. LUIS. ¿Te parece... discreta la vida que llevas?

CARL. ¿Qué vida llevo yo? La de otros muchachos de mi edad.

J. LUIS. ¡Sé que no te separas de Anita Robledano!

CARL. ¡Eso no es cierto!

J. LUIS. ¡Ciertísimo! Lo menos que puedo esperar de ti es que no mientas.

CARL. Está bien, no lo niego. Creo que a mi edad puede hacer un hombre lo que mejor le parezca. Sobre todo si se trata de una cosa tan inocente como acompañar a una señora.

J. LUIS. Pero ¿tú sabes quién es esa mujer? ¿Sospechas siquiera dónde puede llevarte esa amistad?

CARL. A ser feliz, papá; ya ves que te hablo con entera franqueza. ¡Anita es para mí la vida entera, la quiero con todo mi corazón, su cariño es superior a mi voluntad!

J. LUIS. *(Con dolor y asombro.)* Carlos... ¡hijo!

CARL. Me has tenido en un colegio hasta cumplir los veinte años. De pronto me soltaste en un mundo que no conocía ni sospechaba. Entré en él deslumbrado de la mano de Anita; ella me ha enseñado a amar la vida, y por ella puedo agradecerte el que me la hayas dado. Antes de ella yo no sabía lo que era ni cariño, ni ternura, ni intimidad entre dos personas.

J. LUIS. ¡Y al descubrir todos esos sublimes sentimientos te parece verdad lo que es ficción!

CARL. ¡No!

J. LUIS. Sí, Carlos; sí. Y hoy comprendo que yo tengo la culpa. Yo, que te abandoné en la niñez, mientras egoístamente sólo pensaba en divertirme. Ahora, que eres un hombre, empiezo a preocuparme por ti, cuando tal vez sea demasiado tarde...

CARL. No te reprocho nada.

J. LUIS. Yo a mí sí. Y no te faltaría razón. Pero sí te falta para decir que hasta conocer a Anita no tuviste ningún cariño.

CARL. ¡Ojalá! Isabel me quiere, merece ser feliz... Por ella siento el error en que estaba.

J. LUIS. Porque la quieres, Carlos, no te quepa duda. Lo otro es un capricho loco que pasará. Cuando pase volverás a Isabel; pero, entonces, tal vez ya será tarde... Hijo, ten piedad de ti mismo. ¡Vuelve en ti!

CARL. ¡No puedo, padre!

J. LUIS. ¡Carlos, te lo suplico! No me obligues a emplear la violencia. Hijo, el verdadero camino de la felicidad no es el de la pasión tormentosa e inquieta... La verdadera dicha está en la paz.

CARL. ¿Pero eres tú quien me habla así, papá? ¿Tú?

J. LUIS. Nadie con más autoridad. Porque soy tu padre y porque sé lo que vale esa vida necia, que ha sido la mía. Porque quiero que te crees un hogar tranquilo y feliz; que poseas la verdadera dicha, que yo tan neciamente desprecié. Y, más que todo, porque en este momento,

ya en el límite de la vejez, quiero que cuando llegues a mi edad tus hijos puedan respetarte... *(Pausa.)*

CARL. Padre...

J. LUIS. ¿Qué dices?

CARL. Que yo te respeto y te quiero, y hasta te agradezco todo lo que me estás diciendo... Pero los cincuenta años no son los veinte. Tú tienes experiencia, tú conoces el mundo, es posible que... tengas razón... ¡Pero yo no puedo ni quiero atender a razones! ¡Mi corazón, que manda, porque vive, me obliga a decirte que Anita es para mí lo primero en el mundo!

J. LUIS. *(Con violencia.)* Es tu amante, ¿no?

CARL. *(Con sinceridad dolorosa y apasionada.)* ¡No es mi amante, no! ¡Ojalá lo fuera, pero no lo es!

J. LUIS. ¿Qué pretendes, entonces? ¿Casarte con ella, quizá?

CARL. Si ella quisiera...; pero... ¿Qué puedo ser yo para ella? ¡Un chiquillo que no sabe nada, que no vale nada...! ¡Harto hace con sufrirme, con no desesperarme, con aquietar mi angustia!

J. LUIS. ¡Con reírse de ti!

CARL. ¡No, no, no!

J. LUIS. ¡Sí, sí! ¿Sabes lo que quiere de ti con sus aires de mujer admirable? ¿Sabes lo que busca, además de tu linda persona, que, dados tus veinte años y sus cuarenta y pico, no es nada despreciable, aunque tú, pececillo infeliz, creas lo contrario?

CARL. ¡Papá!

J. LUIS. ¿Sabes lo que busca? Pues busca tu dinero .. Es decir, el mío. Mucho antes de que tú fueras hombre ya andaba detrás de mis doblones. Y como no le ha sido posible conseguirlos por mí, ahora quiere lograrlos a costa tuya.

CARL. *(Volviéndose furioso.)* ¡Papá!

J. LUIS. *(Dominándole con el gesto y con la mirada.)* ¿Qué?

CARL. Te... te suplico, ¡te suplico!, que respetes a esa mujer. *(Pausa.)*

J. LUIS. Perdona, hijo. No creí que estuviera tan arraigada en tu corazón... Perdona mis palabras... imprudentes y todo lo mucho que tienes que perdonarme. Y ahora, vete.

CARL. ¿Adónde?

J. LUIS. A despedirte de ella. Mañana mismo sales de Madrid.

CARL. *(Con apasionamiento.)* ¡No!

J. LUIS. *(Con firmeza.)* ¡Sí!

CARL. *(Con rebeldía.)* ¡No!

J. LUIS. *(Con ira.)* ¡Sí!

CARL. ¡No...! Sin ella, no. *(Los dos se miran un instante. Perico aparece por el foro derecha.)*

PERICO. *(Entrando.)* ¡La paz de Dios sea en esta santa casa!

J. LUIS. *(Nervioso.)* ¡El otro!

CARL. *(A Perico.)* ¡Estás tú fresco!

PERICO. ¿Cómo estás, Juan Luis?

J. LUIS. ¡Como siempre! ¡Deseando que te mueras!

PERICO. ¡Caramba! ¿Y tú, pichón?

CARL. ¡Vete a paseo!

PERICO. ¡Muy amables! Hacéis los honores de vuestra casa, que ni en la Embajada de Inglaterra. Además, veo con gusto que, en efecto, aquí reina la paz.

J. LUIS. ¡Que te alivies! *(Se va por el foro izquierda.)*

PERICO. Gracias. ¡Neurasténico perdido! ¡Ya te lo he dicho!

CARL. ¡Allá él!

PERICO. ¡Ah! ¿Allá él?

CARL. ¡Naturalmente, hombre! ¿Qué quieres que te conteste? Es que tienes cosas de a perro chico. ¡Allá él!

PERICO. Mira, pichoncito: te abandono a tus naturales expansiones, ¿sabes? Me marcho por donde he venido. *(Medio mutis.)*

CARL. Me parece maravillosamente.

PERICO. Otro día te daré el encargo que traía para ti.

CARL. *(Loco de alegría.)* ¡Perico!

PERICO. Conque...
CARL. *(Sujetándole.)* ¡Quiá! ¡Ahora no te vas!
PERICO. ¿En qué quedamos?
CARL. En que eres el hombre más simpático que ha nacido en el mundo.
PERICO. Menos mal. ¡Ah, miserable humanidad! Te traigo una carta.
CARL. ¡Venga!
PERICO. ¿Qué me das por ella?
CARL. Lo que tú quieras.
PERICO. Tómala: gratis. Para que luego digas. *(Mientras Carlos lee, más bien devora, la carta, Perico se sienta en el sofá del primer término izquierda.)*
CARL. *(Después de leer se sienta junto a Perico.)* ¡Perico, eres un hacha!
PERICO. ¡Ya lo sé!
CARL. Dame un abrazo.
PERICO. Y ciento... Oye, ¿qué te dice?
CARL. Lo que a ti no te importa. Pero eres un hacha.
PERICO. Es que ha tenido la indelicadeza de dármela cerrada. ¿Por quién me habrá tomado?
CARL. Se lo preguntaré.
PERICO. Pues escúchame tú a mí otra pregunta. Dí, rico, ¿que les dais tu padre y tú a las mujeres?
CARL. Simpatía que tiene uno... Pero oye, dime, ¿cuándo la has visto, dónde, estaba alegre o triste? ¿Tiene un poco de pena por no verme? ¿Te dió algún recado de palabra? ¿Qué quiere, qué dice, qué piensa? Dí, hombre, dí. ¡No seas pazguato!
PERICO. ¡Caray, es que has tomado carrerilla! Ante todo, está agradecidísima a mis buenos oficios.
CARL. ¡Como yo!
PERICO. ¿De verdad...?
CARL. ¿Lo dudas, Perico?
PERICO. Me gusta oirtelo. Y tu novia ¿qué dice a todo esto?
CARL. ¡Ya no tengo novia!
PERICO. ¿Has reñido?
CARL. Sí.

PERICO. Te felicito; ya era hora. Isabel es muy mona, pero muy sosita, hijo; muy sosita. *(Sale Juan Luis por el foro izquierda. Como Carlos y Perico están sentados en el sofá, de espaldas a esa puerta, no le ven.)*

CARL. No sabes la tarde que me han dado ella y papá.

PERICO. Pues mira, hijo, ahora que tu padre no nos oye, porque si me oyera me mataba...

J. LUIS. ¡Caray!

PERICO. Te diré mi opinión. Todo eso son pláticas de familia, de las que no debes hacer caso. Tu padre, como te he dicho mil veces, es neurasténico.

CARL. Pero Isabel...

PERICO. Isabel está más neurasténica que tu padre. *(Juan Luis hace ademán de golpearle la cabeza, pero se contiene.)* En eso de la neurastenia tienen establecido un pugilato, que no sé quién va a ganar. Es decir, sí lo sé; la cursi de tu ex futura suegra. Hace un momento le decía yo a Anita todo esto, y se reía... ¡Ja, ja!

CARL. ¿Se reía? *(Serio.)*

PERICO. ¡Ja, ja! ¡No puedes figurarte cómo! ¡Ja, ja, ja! *(De pronto se vuelve y ve a Juan Luis.)* ¡Atiza!

J. LUIS. Pronto empezaré a atizar, no te apures.

CARL. ¡Nos caímos! *(Pausa embarazosa.)*

PERICO. *(Aparte.)* El terremoto de la Marti...

J. LUIS. ¡Carlos!

PERICO. *(Terminando la frase.)* Nica. *(Más pausa.)* ¡San José bendito!

J. LUIS. ¿No tenías tanta prisa para salir? Pues ya puedes largarte.

CARL. ¡Hasta luego!

PERICO. *(Viendo el cielo abierto.)* ¡Hombre! ¿Vas a salir? Me voy contigo, ¿sabes? Porque... *(Medio mutis.)*

J. LUIS. *(Cogiéndole de un brazo.)* ¡Tú te quedas!

PERICO. *(Maquinalmente.)* Yo me quedo... (¡Caray!) *(Carlos hace mutis por el foro derecha. Pausa. Juan Luis pasea nervioso.)*

PERICO. *(Aparte.)* Y lo peor es que no habla. Yo le digo algo a ver si... *(A Juan Luis.)* ¡Je, je!
J. LUIS. Siéntate.
PERICO. Hombre, muchas gracias; pero es que... Es, es comodidad...
J. LUIS. ¡¡Que te sientes!!
PERICO. *(Dejándose caer en una butaca.)* ¡Ya está! *(Y sopla. Juan Luis continúa paseando. Otra pausa.)* ¿Qué irá a hacer conmigo, Dios santo...? ¡Bueno, hombre; bueno!
J. LUIS. Regular, nada más...
PERICO. ¡Ay, qué gracioso! ¡Dice que regular...! ¡Ja, ja...! *(Juan Luis se detiene de pronto delante de él y le corta la risa.)*
J. LUIS. Ante todo...
PERICO. (Ya está.)
J. LUIS. ¿Quieres decirme lo que entiendes tú por neurastenia?
PERICO. Hombre, neurastenia... ¡La palabra lo indica, señor! Claro que tiene diversas acepciones. A cierto amigo mío le oí decir no hace mucho que neurasténicas son aquellas personas a quienes no puede aguantar ni su familia. *(Aparte.)* ¡Chúpate ésa! *(Haciendo ademán de marcharse.)* ¿Algo más?
J. LUIS. ¡Mucho más, no te muevas! Perico..., siempre te tuve por un sinvergüenza...
PERICO. Gracias.
J. LUIS. Es justicia, déjame seguir; pero nunca creí que fueras un canalla.
PERICO. *(Levantándose de un salto.)* ¡Juan Luis!
J. LUIS. ¡Que te sientes!
PERICO. ¡No me da la gana, ea! Eres un ingrato. ¡Parece mentira que, después de las cosas que yo tengo hechas por ti..., de las veces que me he sacrificado por tu amistad...!
J. LUIS. ¡Perico...!
PERICO. ¡¡Juan Luis!! La ingratitud tiene nombre de mujer, y tú, después de pasarte la vida conquistando mujeres fáciles, te has desposado

con la ingratitud. ¿Puedo saber de qué se me acusa?

J. LUIS. ¡Me asombra tu cinismo...! Y como no estoy dispuesto a darte ninguna explicación, te suplico encarecidamente que salgas de mi casa para no volver más.

PERICO. Es decir, ¿que me echas?

J. LUIS. Así parece. La razón tú la sabes.

PERICO. Tu capricho...

J. LUIS. Entre otras cosas, porque estoy decidido a ser una persona decente, y al alejarte de mí lo voy a conseguir.

PERICO. Pues que te aproveche. Pienso morirme sin volver a entrar en esta casa.

J. LUIS. ¡Ojalá! Pero permíteme que lo dude.

PERICO. Tú me llamarás.

J. LUIS. Eso no lo dudo. Estoy seguro de que no; ahora va de veras. *(Perico hace medio mutis por el foro derecha. Desde la misma puerta se vuelve y dice:)*

PERICO. ¡Adiós, Juan Luis! Durante muchos años estuve oyendo que te llamaban don Juan. Yo tenía de ti opinión más modesta, pero la ocultaba en homenaje a nuestra amistad: siempre creí que no pasabas de don Luis... Hoy me he convencido, Juan Luis, de que ni don Juan ni don Luis: don Diego Tenorio, y gracias. ¡Buenas tardes! *(Mutis.)*

J. LUIS. *(Desde la puerta, gritándole.)* Adiós... ¡¡Neurasténico!!

PERICO. *(Volviendo.)* Entiendo la indirecta, pero no quiero contestarte. Adiós, otra vez. *(En el momento en que vuelve a hacer mutis se le oye decir apenas fuera de escena)* ¡Azúcar! *(Y sale nuevamente.)* Me voy, pero te dejo en buena compañía.

J. LUIS. ¿Qué? *(Sale Anita.)*

ANITA. ¡Buenas tardes!

J. LUIS. ¡Anita!

PERICO. ¡Olé ahí las mujeres pintureras y retrecheras, y salerosas, si las hay! ¡¡Ay...!!

J. LUIS. *(Cruzado de brazos.)* ¡Hay que ver qué poca vergüenza!

PERICO. Ya me marcho, perdona. *(Y sale definitivamente.)*

ANITA. *(Que viene elegantísima y más joven que nunca.)* Y a mí también perdóname que venga a molestarte... Pero necesitaba hablar contigo...

J. LUIS. *(Rabioso.)* Celebro la coincidencia. Yo pensaba ir a verte, de modo que no has podido ser más oportuna.

ANITA. Por primera vez en la vida, ¿no?

J. LUIS. Cuando tú lo dices...

ANITA. *(Sonriendo, imperturbable.)* Gracias por la franqueza.

J. LUIS. Es mi característica, ya lo sabes. No he de renunciar a ella en esta entrevista.

ANITA. *(Sin dejar de sonreír.)* Que será corta.

J. LUIS. Así lo espero. Quieres hablarme, yo a ti también. Y me figuro que la causa de nuestro deseo común será, poco más o menos, la misma... Pero me sorprende que tengas el valor de venir a esta casa después de lo que has hecho con mi hijo.

ANITA. ¿Yo? ¡Pobre de mí! El chiquillo se ha enamorado como un Des Grieux, pero te juro que yo no tengo la culpa.

J. LUIS. ¡La tendré yo!

ANITA. Tal vez... De casta le viene al galgo...

J. LUIS. *(Con violencia.)* ¡De ti no he estado enamorado nunca!

ANITA. *(Con inefable tranquilidad.)* Lo creo, porque tú me lo dices..., aunque a veces me he permitido dudarlo...

J. LUIS. ¡No sé con qué motivo!

ANITA. No te alteres, que lo voy a creer de verdad.

J. LUIS. ¡Anita!

ANITA. *(Con una sobra de ternura que a él le deja parado.)* Juan Luis. ¿Estás celoso de tu chiquillo? *(Se acerca un poco a él.)*

J. LUIS. *(Enfureciéndose de nuevo.)* Pero ¿tú estás loca?

ANITA. *(Sin perder la calma.)* ¿No? ¿Entonces a qué esa tontería insigne... y contraproducente de prohibirle que me vea?

J. LUIS. ¡Porque tú, y sólo tú, tienes la culpa del cambiazo que ha dado! Antes de conocerte y de pasarse la vida atadito a la pata de tu mesa era una persona decente.

ANITA. ¿Y ha dejado de serlo porque se divierte un poco? No seas cursi. ¿Qué crímenes comete el infeliz? Algunas veces vamos al teatro..., no solos. ¡Dios me libre! No soy todavía bastante vieja para dedicarme a seducir bebés... Han venido con nosotros. Perico, tu fiel Perico, y otros amigos. Hemos ido a algún restaurante para bailar un poco—el pobrecillo baila bastante mal—. Hemos ido una vez a la Cuesta a beber un poco de jerez.

J. LUIS. Nada más, ¿verdad?

ANITA. ¡Qué interrogatorio! ¿Acaso no te sabes de memoria todas las diversiones del Madrid nocturno? Alguna vez nos hemos refugiado todos en el hotel para jugar a las cartas. ¿Qué íbamos a hacer después de las cinco de la madrugada?

J. LUIS. Y los días que no ha vuelto a casa hasta las tres de la tarde, ¿dónde ha estado?

ANITA. Pregúntaselo a él.

J. LUIS. ¿Tú no lo sabes?

ANITA. ¡Ay, hijo! A la vejez pierdes hasta el buen gusto. ¡No lo sé, no! Me han dicho que le han visto en la Moncloa, paseando solito... Tal vez haciendo versos. ¡Ja, ja, ja!

J. LUIS. ¡No te rías!

ANITA. ¿Quieres que llore porque a tu niño se le ha subido un poco el corazón a la cabeza?

J. LUIS. Es que antes de conocerte era feliz.

ANITA. ¿Y ahora sufre... porque yo no le quiero? ¡Déjale sufrir! Estas penas de amor, a los veinte años, son luego los mejores recuerdos de la vida.

. LUIS. Es que no se trata sólo de él. Cuando tú viniste había otra mujer...

NITA. *(Interrumpiéndole.)* ¿La niña de Zugasti? ¿Y yo se lo he quitado? Ay, hijo mío, eso sí que me es completamente indiferente...

. LUIS. *(Impaciente.)* ¡Bueno está!

NITA. Si no le ha sabido guardar, allá ella. Yo no llamo a nadie, pero tampoco pienso vestirme de sayal para no estropear idilios ajenos.

. LUIS. ¡Eres imposible!

NITA. Soy franca..., como tú.

. LUIS. ¡Está bien! Fiado en nuestra vieja amistad...

NITA. *(Con sorna.)* ¿Tan leal?

. LUIS. Había esperado que por buenas consentirías en dejar el campo libre...

NITA. ¿Yo? No voy a decirle que me molesta su presencia.

. LUIS. En vista de lo cual, él saldrá de Madrid mañana mismo.

ANITA. Mal sistema. Mientras más le contraríes más empeño tendrá. Eres muy mal psicólogo... Me escribirá con toda la elocuencia de sus veinte años... Y como a mí me gustan los viajes, quién sabe si me decidiré a ir a hacerle un poquito de compañía...

. LUIS. Eso...

ANITA. ¿Me piensas encerrar a mí también?

J. LUIS. ¡Tienes razón... y eres invencible! *(Con rabia.)*

ANITA. Por las malas, sí...

J. LUIS. ¿Y por las buenas? *(Ella no responde y baja los ojos con expresiva confusión.)* Por las buenas... *(Aparte.)* Después de todo es una idea. *(Se arregla la corbata, tira de sus puños y se sienta al lado de ella resueltamente.)* ¡Anita!

ANITA. *(A media voz.)* ¿Qué?

J. LUIS. ¿A qué venías hoy?

ANITA. Ya... a nada.

J. LUIS. ¿A qué venías?

ANITA. ¿Te importa saberlo?

J. LUIS. ¡Más de lo que piensas!

ANITA. ¡Si fuera verdad!...

J. LUIS. ¿Si fuera verdad?

ANITA. Nada... Te quejas de que tu hijo me acompaña a todas partes... ¡No voy a ir sola!... Cuando llegué de París soñaba con reanudar mis viejas amistades; jamás se me pasó por la imaginación hacer de institutriz... ¡Pero cuando mis viejos amigos me abandonan!...

J. LUIS. ¿Y si yo te dijera una cosa?

ANITA. ¡Aquí, no!

J. LUIS. ¿Por qué no?

ANITA. *(Con sinceridad en medio de su farsa.)* Porque no. Hay algo aquí que no es ni tú ni yo, y que, sin embargo... ¡Dame un cigarrillo!

J. LUIS. Tienes razón... Más vale que todo lo que tú y yo tenemos que decirnos nos lo digamos..., por ejemplo, en el tren..., ¿no te parece?

ANITA. Es una idea...

J. LUIS. En lugar de marcharse Carlos, nos marchamos tú y yo... ¿Hace?

ANITA. Si tú quieres...

J. LUIS. ¿No he de querer? ¡Con el alma y la vida! Y con una condición.

ANITA. ¿Cuál?

J. LUIS. ¡Que hemos de emprender el viaje esta misma noche!

ANITA. No está mal. ¿A París?

J. LUIS. *(A quien París le parece demasiado cerca.)* Y... al Cairo, ¿no te gustaría?

ANITA. ¡Je, je! Un poco lejos, pero... *(Casi para sí.)* Por todos los caminos se va a Roma... *(Juan Luis la mira asustado, y después se levanta.)*

J. LUIS. ¡A Roma no voy yo ni atado con cadenas! *(Le alarga la mano.)* ¿De acuerdo?

ANITA. De acuerdo. Firmado y sellado. Hasta la noche.

J. LUIS. ¿En el hotel?

ANITA. En la estación. ¿Qué te pasa?

J. LUIS. *(Escuchando atentamente.)* Me parece..., sí, Carmen e Isabel, que vuelven...

ANITA. ¿Por dónde salgo que no me las encuentre?

J. LUIS. Pasa al comedor, que tiene salida directa al

hall. Yo las haré entrar aquí, y en cuanto hayan entrado te escabulles.

NITA. ¡Hasta luego! *(Se dirigen cada uno a una puerta.)* ¡Pobre don Juan, cayó en el lazo! ¡Ya sabía yo que mi estratagema acabaría por dar resultado! *(Mutis por la derecha.)*

LUIS. ¡Infeliz sirena! Lucida estás si piensas que me vas a pescar. ¡Ni en El Cairo ni en la China! Pero ¿qué no hará un padre por su hijo? *(Salen por el foro derecha Carmen e Isabel.)*

ARM. ¿Estabas solo?

LUIS. Ya lo ves. Carlitos ha salido.

SABEL. *(Desconsolada.)* ¿Ha salido?

ARM. ¿Has perfumado esta habitación?

LUIS. ¡Sí! Con un pulverizador... Lo tengo en mi cuarto, y de cuando en cuando... ¡Je, je!

ARM. Ya. Pues nosotras volvíamos porque la niña se ha dejado los guantes, ¿comprendes?...

LUIS. Conque... los guantes, ¿eh?

SABÈL. *(Un poco avergonzada.)* Sí, tío, sí: los guantes...

LUIS. ¡Ja, ja! *(Cogiendo los que Anita se habrá dejado sobre una de las mesitas.)* Aquí los tienes.

ARM. *(A su hija, bajo.)* Pero ¿no decías que era un pretexto?

SABEL. Y lo era, mamá. Los tengo en el bolso.

LUIS. Tómalos.

ARM. ¿Eh?

SABEL. Esos guantes no son míos.

LUIS. *(Aparte.)* ¡Atiza!

ARM. Ten cuidado no vuelva también la visita que los dejó...

LUIS. ¿La visita que...? ¡Sí, mujer, ya caigo! ¡Son de ahi, de..., de...!

ARM. ¿De quién?

LUIS. De Perico Zaldívar, que estuvo aquí antes y... *(Se los guarda en el bolsillo.)* Pues Carlitos no está. Se fué apenas os marchasteis vosotras. Pero no te apures, muchacha. Has estado muy torpe antes al provocar vuestra riña. Eso debe de ser lo último. Menos mal que lo

que tú has desarreglado voy a arreglártelo yo.

ISABEL. ¿Tú?

J. LUIS. Yo mismito. Te quiero mucho, Isabel. No sabes cuánto. ¡Y a él!... ¡El no sabe de lo que yo sería capaz por su felicidad!

ISABEL. Eres muy bueno.

J. LUIS. ¿Sabéis que me marcho de viaje?

CARM. ¡Jesús! ¿Cuándo?

J. LUIS. Esta noche.

CARM. ¿Adónde?

J. LUIS. Ahí cerca: a... al Cairo.

CARM. Pero ¿es verdad que te vas? *(Desconsolada.)* ¿Te vas?

J. LUIS. Me voy, porque no tengo más remedio. ¡Es preciso! Pero volveré pronto, Carmen... ¡Volveré!

CARM. ¡Te vas!...

TELÓN

ACTO TERCERO

Jardín de un hotelito de verano que Carmen posee en un lindo pueblo costero de la provincia de Asturias. La fachada de la casa está a la izquierda del actor. Al foro, una verja separa el jardín de la carretera. La puerta de entrada está en la misma verja, al foro derecha. Hay una mesa, sillas y butacas de mimbre.

(Isabel, sola en escena, hace "crochet" sentada en una silla, de frente al público. Se oye el chirrido de las ruedas de una carreta y una voz de mujer que canta dentro:)

"Al oír de la carreta
el sonido lastimero,
salta mi alma de gozo,
porque pasa el carretero.

Y si se para,
calla el sonar,
y la malicia
se echa a pensar."

ISABEL. *(Sin dejar su labor.)* ¡Canta bien la Sabina!... *(Deja de oírse el chirrido de las ruedas.)* ¡Jesús, ya se paró el carro!... "La malicia se echa a pensar", como dice la copla. *(Se oye piar de pájaros.)* ¡También los xilgerinos cantan en los árboles como nunca!... ¡Ay, Isabel! Estás insoportablemente romántica. *(Suena una campanada lejana. Por el foro derecha llega Carlos, y se queda en segundo término, contemplando amorosamente a Isabel, que no le ve.)* Las once y media en la iglesia. ¡Y el sinvergüenza de mi novio sin venir! *(Carlos se acerca a ella sigilosamente y le tapa los ojos con sus manos. Isabel, riendo y separándoselas.)* ¡Ja, ja, ja! Ya sé quien eres. ¡Agustín Covisa!

CARL. ¡Ja, ja, ja! Me has conocido. ¡Ya está aquí el sinvergüenza de tu novio!

ISABEL. ¡Y que lo digas! Media hora llevo esperándote. Y con lo que te he esperado antes de esta media hora hace... hace... ¡qué sé yo los siglos que forman tantas medias horas como me hiciste llorar!

CARL. Isabelina.

ISABEL. ¡Antipático!

CARL. Te hice llorar, y merecía que tú me hubieses olvidado, que le hubieras hecho caso a otro, por no comprender yo entonces lo que vale tu cariño, lo que hubiera perdido al perderte. Pero mi locura pasó ya por completo, gracias a Dios, y hoy el impaciente soy yo por que llegue pronto el día en que seas mía del todo, cuando salgamos juntos de una iglesia y nos echemos a volar los dos solitos por el mundo.

ISABEL. ¡Ay, ese día!...

CARL. ¡Ese día!... *(Pausa.)*

ISABEL. ¿Qué piensas?
CARL. Lo mismo que tú.
ISABEL. ¡Atrevido! ¡Fresco! ¡Huy, qué sinvergüenza
CARL. ¡Ja, ja, ja!
ISABEL. ¡Eres un antipático, déjame!
CARL. ¿Cuándo llegará ese día, Isabel de mi alma?
ISABEL. Primero tiene que decidirse tu papaíto a regresar de su viaje, que ya pasa de largo, y venir a pedir mi mano.
CARL. *(Poniéndose repentinamente triste.)* ¡Ay, papá!...
ISABEL. ¡Ay, tu papá!
CARM. *(Saliendo de la casa.)* ¡Ay, Dios mío!
CARL. Pues señor, estamos de suspiros.
CARM. Buenos días, hijito.
CARL. ¡Hola!
CARM. ¿Qué decías?
CARL. Suspirábamos Isabel y yo, y al ver que tú salías suspirando también, decía que estamos de suspiros.
CARM. ¿Llevas mucho tiempo sin noticias de tu padre?
CARL. Hace ocho días recibí un telegrama muy lacónico desde Ostende: que estaba bueno y nada más. Carta..., ¡qué sé yo el tiempo que hace que no recibo! Yo le escribo casi a diario, apremiándole para que venga a pedir la mano de Isabel. Ya no sé qué hacer. Si supiera dónde encontrarle fijamente, tomaba el tren e iba a buscarle. Pero corro el riesgo de que se haya marchado a otro sitio cuando yo llegue.
CARM. ¡Ay, tu padre!...
CARL. ¡Ay!...
ISABEL. *(Suspirando también.)* ¡Ay!
CARL. ¡Ya no puedo más, tía Carmen! ¡Te aseguro que no puedo más! El día menos pensado me ves entrar por esa puerta de chaquet y chistera a pedirte la mano de tu hija.
CARM. No te la concederé.
CARL. ¿Serás capaz?
CARM. ¡Y tanto! Mientras tu padre viva—y quiera Dios que sea por muchos años, que sí será,

porque bicho malo no muere—, la mano de ésta, si ha de ser para ti, no la pide más que mi incomparable y nunca bien ponderado pariente don Juan Luis de Mirabel. ¡Es lo natural!

CARL. *(A Isabel.)* Pues estamos divertidos, tú.

CARM. Estoy decidida a esperar que regrese tu padre.

ISABEL. Entonces nos vamos a casar con el pelo blanco.

CARL. Y haremos nuestro viaje de luna de miel en un yot desde Madrid, cuando este canalizado el Manzanares.

ISABEL. ¡Qué bonito! Y los periódicos publicarán sendas informaciones comentando nuestro enlace con grandes titulares: "La boda de dos octogenarios". ¡Ja, ja, ja!

CARL. ¿Tú crees que para entonces se habrá ido ya el Directorio?

CARM. ¡Ja, ja, ja!

ISABEL. Yo creo que no.

CARL. *(De pronto.)* Bueno, adiós.

CARM. ¿Adónde vas?

CARL. A ponerle a papá el centésimo telegrama de la temporada. Voy a decirle que o viene o me pego un tiro.

ISABEL. Ni por ésas.

CARL. Hasta luego. *(Medio mutis por él foro derecha.)*

CARM. ¿Pero adónde vas a telegrafiarle, criatura?

CARL. *(Volviéndose y dejando su sombrero, que había cogido para marcharse.)* ¡Es verdad!... ¡Cualquiera sabe en qué parte del mundo se encuentra en estos momentos el autor de mis días! Ayer me escribió Perico Zaldívar; ya sabéis que este año veranea modestamente. Está en San Vicente de la Barquera, y me anuncia que hoy vendrá a vernos. Quizá sepa él...

CARM. No lo creo, como no sea por referencias. Cuando tu padre se fué habían reñido.

ISABEL. Ya habrán hecho las paces, puedes estar segura.

CARM. Si hubieran tenido ocasión, no digo que no. Pero desde lejos es más difícil.

CARL. ¡Pobre Perico! A pesar de todo, no es mala persona, ¡qué diablo!

ISABEL ¡Yo le odio! ¡Es un gorrón inaguantable!

CARL. Pero muy simpático.

ISABEL. Como todos los sinvergüenzas.

CARL. ¿Por qué dices eso? No seas injusta haciéndole responsable de mis locuras pasadas.

ISABEL. No le hago responsable, pero prefiero no saber nada de su persona. Si no hubieran estado reñidos diría que tiene un poco de culpa de la marcha de tu padre.

CARL. ¡Qué locura!

CARM. ¿Verdad?... Juan Luis se fué... por lo que se fué.

ISABEL. ¿Y por qué se fué?

CARM. Porque se fué...

CARL. Ya oyes a tu madre: porque se fué...

ISABEL. ¿Y por qué no vuelve, vamos a ver?

CARM. ¡Ay, hija! ¿Yo qué sé? No seas preguntona, que es muy feo.

ISABEL. ¡Claro, como de su vuelta no depende que te cases, como me pasa a mí, a ti no te importa!

CARM. *(Con un dejo de amargura que pasa inadvertido para los muchachos.)* Tienes razón... A mí no me importa. *(Por la verja del fondo asoma Perico.)*

PERICO. ¿Se puede?

CARL. ¡Perico! ¿Tú?

CARM. ¿Usted, Zaldívar?

PERICO. Creo que sí, que soy yo. Digo, me parece. ¿Tienen ustedes por ahí un espejo para asegurarme?

CARL. *(A Carmen.)* ¿Abro?

CARM. ¡Naturalmente, hombre!

PERICO. Muchas gracias, señora. Usted fué siempre buena amiga mía. *(Carlos abre la verja, y Perico entra.)* ¿Cómo está usted?

CARM. ¡Encantada de verle por esta casa!

PERICO. Y yo a usted. *(A Isabel, saludando.)* Y a usted también.

ISABEL. Y yo a usted. ¡Encantadísima!

PERICO. ¡Un abrazo, muchacho!
CARL. ¡Y ciento! *(Se abrazan.)*
ISABEL. Precisamente le estaba diciendo a Carlos: ¡Hombre! ¿Cuándo vendrá Zaldívar? ¡Con la simpatía que siento yo por Zaldívar!
PERICO. ¡No hace usted más que corresponder a la mía!
ISABEL. ¡Ya lo sé, ya!
PERICO. ¡Je, je! Pues aquí me tienen ustedes...
CARM. Ya lo vemos.
PERICO. He venido a verles nada más. Estoy en San Vicente pasando unos días con algunos amigos, y...
CARM. Pero siéntese usted, Zaldívar.
PERICO. Mil gracias. *(Se sienta.)*
CARM. ¡Qué milagro verle a usted por estas soledades! Nosotras le hacíamos por las playas más elegantes de Europa, como todos los años.
PERICO. Sí, en efecto. Otros años..., ¿eh?, sí. Pero éste...
CARM. Este... ¿no?
PERICO. ¡No!
CARM. ¡Vaya por Dios!
PERICO. *(Suspirando.)* ¡Ay!...
ISABEL. ¡Ay!...
CARL. ¡Ay!...
CARM. ¡Ay!...
ISABEL. *(Con mucho interés.)* Diga usted, Zaldívar: quizá usted sepa...
CARM. *(Con gran interés.)* Seguramente lo sabe. Diga usted...
CARL. Sí, hombre; dinos, porque estamos en ascuas. ¿Tú sabes por casualidad...?
PERICO. ¿Dónde está tu padre? La preguntita, que se las trae, me recuerda la que yo le hice a cierto amigo mío, casado con una mujer insoportable que le traía siempre de cabeza. Yendo yo con tu padre a Douville, nos encontramos con aquel matrimonio en París. Ellos venían de Suiza e iban a Biarritz, según decían. A los pocos días leímos en un periódico español que habían lle-

gado a sus posesiones de Extremadura, y una semana después nos tropezamos con ellos en el comedor del hotel, en Douville. Nos saludamos, y yo me encaré con él, preguntándole: "Pero, querido amigo. ¿dónde pasan ustedes por fin el verano?"

CARL. ¿Y qué te contestó?

PERICO. Que en el tren.

CARL. Era de esperar.

PERICO. Pues aplícate el cuento. Algo así podría yo responderte de tu padre.

CARL. ¿Nada más sabes de él?

PERICO. *(Después de vacilar un momento.)* No, nada más. *(Pausa. Vuelve a oírse el chirrido de las ruedas de la carreta.)*

ISABEL. El novio de la Sabina que se va.

PERICO. ¿Quién es la Sabina? *(Sale Sabina por la derecha.)*

SABINA. Buenos días, señoritos, y la compañía.

CARM. ¡Hola!

ISABEL. Aquí la tiene usted.

PERICO. ¡Caracoles, qué asturiana!

ISABEL. Vase chillando la carreta porque el carretero no quiere apartarse de este lugar, ¿no es verdad, Sabina?

SABINA. *(Avergonzada.)* ¡Ay, la señorita! ¡No me burle, señoritina, por Dios!

PERICO. ¡Ay, qué mona, qué mona! ¡Dice que no la burle! ¡Qué mona!

CARL. Pero ese carretero no es el mismo de ayer, Sabina.

SABINA. ¡Ay, el señorito, qué cosas dice!

CARM. Sí, sí, el señorito; y el de anteayer no era el de ayer ni el de hoy. Yo los distingo por el ruido de la carreta.

SABINA. ¿La señora también tiene gana de broma?

PERICO. Le da por los carreteros, a lo que veo.

CARL. Eso parece.

PERICO. ¿Qué condiciones se requieren en este pueblo para hacerse carretero?

CARL. ¡Caramba, Perico!

SABINA. ¡Ay, el viejecín!
ISABEL. ¡Ja, ja, ja!
SABINA. Condiciones..., así, condiciones... no pídese más que una, señor.
PERICO. ¿Y es... y es?
SABINA. Le hay que ser joven.
ISABEL. ¡Ja ja, ja!
CARM. ¡Ja, ja, ja!
CARL. ¡Te mató!
SABINA. Para ser carretero de los que usted dice, eso hace falta.
CARM. Bueno, Sabina; basta ya. ¿Qué querías?
SABINA. ¡Ay, yo, nada, señora! Fué la señorita Isabel, que ayer díjome le gustaría ver triturar la manzana para la sidra. Se lo dije a Polín el sidrero y...
ISABEL. ¿Está todo preparado?
SABINA. Está, señorita.
ISABEL. ¿Quieres que vayamos, Carlos?
CARL. *(Dispuesto.)* Lo que tú mandes.
PERICO. ¡Hombre, les acompaño yo también! *(Mirando golosamente a la Sabina.)* Me interesa a mí eso de la manzana... y de la sidra... y de la... de el... de la... ¡vamos!
CARL. *(Aparte.)* Contente, Perico.
PERICO. ¡Hombre, por Dios, qué cosas tienes! Yo... ya sabes tú que... ¡soy más infeliz que un radioescucha!
CARL. Por si acaso.
ISABEL. ¿Vamos?
PERICO. Cuando usted quiera.
CARM. Yo me atrevo a suplicarle al señor Zaldívar que se quede haciéndome compañía.
PERICO. Encantado, señora; no faltaba más... Pero ¿por qué no prefiere usted venir con nosotros?... Un paseíto... ¿eh? Tal vez le conviniera.
CARM. Es que deseo hablar con usted... a solas, si es posible.
PERICO. Entonces, no he dicho nada. Estoy a sus órdenes.

CARL. Pues vamos nosotros.

ISABEL. *(Alargándole la mano.)* Me despediré de usted por si ya no está aquí cuando regresemos.

PERICO. ¡No sé! La verdad, no sé... Yo, realmente, no tengo que hacer nada en San Vicente... Me gustaría quedarme aquí hasta el tren de la tarde... Mucho, mucho me gustaría, pero..

CARL. ¿Qué?

PERICO. Estoy pensando en marcharme en el de la una, ¿sabes?, porque... no sé... no sé si en este pueblo encontraré algún sitio donde poder almorzar bien. Si lo encontrara, me quedaría, desde luego; pero no sé... no sé... *(Carmen, Isabel y Carlos se miran, sonrientes.)*

CARM. ¿Usted cree que en esta casa almorzará usted bien?

PERICO. ¡Señora, agradecidísimo; no faltaría más! Me quedo, me quedo a almorzar con ustedes, sí, señora.

CARM. Encantadas, nosotras.

PERICO. ¡Yo, señora, yo! El encantado soy yo.

ISABEL. ¿Pero usted cree que almorzará bien?

PERICO. Yo me contento con cualquier porquería ..

CARL. ¡Hombre!...

PERICO. He dicho una majadería; pero lo que quería decir es que... ¡Nada, que me quedo! Pensaba irme en el tren de la una; pero, en vista de la cariñosa y reiterada invitación de ustedes, ¡me quedo, señora!

CARM. No hay más que hablar.

SABINA. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

CARM. *(Severa.)* ¿De qué te ríes, Sabina?

SABINA. Del señor, señora. ¡Ja, ja, ja!

CARM. ¡Sabina!

PERICO. *(A quien hace mucha gracia hacérsela a la moza.)* ¡Déjela usted! ¡Je, je!... ¡Hay que ver que!... ¡Je!... La gracia que le hago yo a las mujeres. ¡Suerte que tiene uno!

CARL. *(A Isabel.)* Anda, vámonos ya. Es más cínico que un yanquí en Europa.

CARM. Sabina.

SABINA. ¿Señora?...
CARM. Cuando volváis, dí allá dentro que pongan otro cubierto.
SABINA. Bien, señora. *(Por la puerta del foro derecha se van Isabel, Carlos y Sabina.)*
PERICO. Me reitero a sus órdenes.
CARM. Una curiosidad, de la cual no quería que usted me sacara en presencia de Isabel y Carlos. Están rabiando por casarse. El se siente verdaderamente preocupado a causa de la prolongada ausencia de su padre; hay que reconocer que justificadamente.
PERICO. ¡Ah, su padre, su padre!...
CARM. Antes, cuando le preguntamos a usted por él, respondió usted vacilante...
PERICO. ¡Je! La que a usted se le escape...
CARM. Usted... sabe algo más de lo que nos dijo antes, ¿verdad?
PERICO. Sobre su viaje, no. Ignoro en qué parte del mundo se encuentra en este momento. A mí no me escribe. Estamos reñidos. Pero he oído hablar... Hasta mí han llegado noticias de su vida y milagros... No sé dónde está, pero sé con quién está.
CARM. *(Sonriendo sinceramente.)* Yo me lo figuraba.
PERICO. ¡A la vejez, viruelas! Se ha pasado la vida representando el Don Juan Tenorio, burlando a todas lás mujeres, sin importarle un comino de ninguna. Y a los cincuenta años, ya ve usted... Ha caído como un parvulín.
CARM. Así acaban muchos.
PERICO. Dicen que está loco por ella.
CARM. ¿Ah, sí?
PERICO. Como nunca. Y celoso... ¡Uh! Creo que no la deja ni a sol ni a sombra. El otro día me encontré a un amigo que los había visto no sé en dónde, y es el que me ha contado todos estos pormenores.
CARM. ¿Juan Luis, un Otelo? ¡Ja, ja, ja!
PERICO. Así creo que le llama ella: su Otelo. "¡Su Otelo"... ¡Qué mona!

CARM. ¡Pobre Juan Luis!

PERICO. Y que lo diga usted. ¡Pobre amigo mío! Se la llevó de viaje por..., bueno, por apartarla de Madrid..., ¡y ya ve usted!

CARM. Esos viajecitos siempre terminan mal.

PERICO. ¡Mal, mal, mal! De lo peor.

CARM. Vivir para ver, amigo Zaldívar.

PERICO. Sí, señora; es muy cierto. Yo ya le pronostiqué cuanto iba a pasar.

CARM. ¡Ah! ¿Usted?...

PERICO. ¡Uh! Sí, señora, sí; hace varios meses, cuando acababa de llegar a Madrid esa distinguida viuda. *(Con suficiencia.)* Figúrese usted, yo... ¡yo!: "Juan Luis, que te quiere pescar... Juan Luis, que te pesca." ¡Y le pescó!

CARM. Lo peor es que no vuelve.

PERICO. No vuelve, no.

CARM. Y yo no sé qué hacer, porque Carlitos quiere formalizar sus relaciones con mi hija. Está impaciente con la idea de pedir cuanto antes su mano. Pero yo, la verdad, mientras su padre no regrese...

PERICO. Juan Luis está encantado con esa boda.

CARM. De todas maneras, usted comprenderá que... *(En este momento, y por la puerta que al salir se dejaron abierta Isabel y Carlos, entra Don Juan Luis silenciosamente. Viene en traje de viaje. Carmen y Perico no le ven al pronto.)*

PERICO. Pues no vuelve. De eso podemos estar todos seguros. ¡No vuelve!

J. LUIS. ¡Carmen!...

PERICO. *(Volviéndose rápido.)* ¡¡¡Juan Luis!!!

CARM. *(Idem.)* ¡¡¡Tú!!!

J. LUIS. *(A Carmen, estrechando sus manos con serena emoción y un poco avergonzado.)* ¡Carmen!...

CARM. ¡Juan Luis!... ¿Cómo te va, hombre?

J. LUIS. ¡Ya me ves! *(Se quita el abrigo o guardapolvo y la gorra. Tiene muchas más canas que en el acto segundo.)*

CARM. *(Notándolo, a Perico.)* ¿Se ha fijado usted?

PERICO. *(A Carmen.)* Le advierto a usted que antes se teñía.

J. LUIS. ¿Qué?

PERICO. Nada, hombre; nada. Que me des un abrazo... ¡o te acogoto!

J. LUIS. *(Abrazándole.)* ¡Tienes razón, qué diablo! Ya todo pasó.

PERICO. *(Tomando el rábano por las hojas, con intención.)* ¡Je! ¿Pasó... todo? Menos nuestra amistad, ¿verdad? Eso no puede pasar nunca. ¡Tantos años! La amistad es la sal de la vida, un sentimiento puro y verdadero del que los hombres no deben dudar; es un... una... un. . .

J. LUIS. *(A Carmen.)* ¿Y tu hija? *(Con ansiedad.)* ¿Y Carlos?

CARM. Impacientísimos por casarse. ¡Me traen loca!

J. LUIS. ¡Cuánto tienen que perdonarme!

CARM. Hace un momento salieron juntos. Voy a decir que los avisen...

PERICO. ¡Por Dios, señora; no se moleste usted! Yo iré...

CARM. ¿Usted?

PERICO. Yo voy, yo voy. ¡No faltaba más! Voy, les aviso y les traigo.

CARM. Como usted quiera.

PERICO. *(Cogiendo su sombrero.)* Pues hasta ahora mismo. *(Hace medio mutis por el foro derecha. Desde allí se vuelve indeciso.)* Pero... ¿adónde voy?

CARM. ¡Ja, ja, ja! *(Acompañándole hasta la misma puerta.)* Siga usted carretera adelante... La cuarta casa a la derecha, la mejor de todas...

PERICO. No me diga usted más. Hasta ahora. *(Mutis.)*

J. LUIS. *(Un poco violento, sin saber por dónde empezar.)* ¡Carmen... Carmen!

CARM. Bien venido, hombre. ¡Ya era hora!

J. LUIS. ¡Si vieras los deseos que yo tenía de regresar!

CARM. Mal se conoce.

J. LUIS. ¿Cómo que no? La prueba es que estoy aquí.

CARM. Eso no puede negarse.

J. LUIS. Un viaje... ¡tan largo!

CARM. Cuando tú lo dices. Tan... *(No se le ocurre nada.)*
J. LUIS. ¡Tan... largo!
CARM. Pero te habrás divertido.
J. LUIS. Según. Unas veces sí y otras...
CARM. Y otras... ¿no?
J. LUIS. Menos. Otras veces, menos.
CARM. ¡Ya!
J. LUIS. El final me ha resultado un poco fatigoso. Ha sido un viaje tan...
CARM. Largo; ya me lo has dicho.
J. LUIS. He recorrido medio mundo.
CARM. *(En el tono de mayor ingenuidad que encuentra.)* ¿Solo?
J. LUIS. *(Con cariñoso reproche.)* ¡Carmen!...
CARM. Perdona, hijo. Te aseguro que mi pregunta no ha podido ser más inocente. Podía haberte acompañado algún amigo.
J. LUIS. No.
CARM. Es que un viaje así tan... largo, solo, debe ser realmente bastante aburrido.
J. LUIS. Carmen... *(Pausa.)*
CARM. ¿Piensas permanecer mucho tiempo aquí?
J. LUIS. Según.
CARM. ¡Ah! ¿Según?
J. LUIS. Por lo pronto he de pedirte la mano de Isabel para que mi hijo deje de odiarme.
CARM. No te odia, ¡qué cosas tienes! Te quiere como el hijo que más pueda querer a su padre.
J. LUIS. ¡Tiene tantas cosas que perdonarme! *(Otra pausa.)* Tú también, Carmen, tienes que perdonarme mucho.
CARM. Yo no, hijo.
J. LUIS. *(Casi emocionado.)* Sí, sí.
CARM. ¡Vamos! Eres más chiquillo que él. *(Por variar el sesgo que va tomando la conversación.)* ¿Y tu equipaje?
J. LUIS. Lo he dejado ahí, en la fonda donde vive Carlos. No intentes variar de conversación.
CARM. ¿Yo?

J. LUIS. Tú, sí, Carmen... Es preciso, absolutamente preciso, que tú y yo hablemos.

CARM. Hablando estamos.

J. LUIS. ¡Sinceramente!

CARM. Sinceramente.

J. LUIS. Es que...

CARM. Es que... ¡no quiero entenderte, Juan Luis!

J. LUIS. Es que yo necesito, por lo menos, explicarte...

CARM. ¡Yo no quiero que me expliques nada!

J. LUIS. No seas cruel, Carmen... Déjame hablar... Ya ves que vuelvo.

CARM. *(Interrumpiéndole con ironía.)* Arrepentido, ¿no?

J. LUIS. ¡No!

CARM. ¡Muy bonito! ¿Ni siquiera eso?... ¿Orgulloso de la aventura..., cargado de laureles?

J. LUIS. Tampoco... Menos.

CARM. ¿Con un corazón más que añadir a la lista de los destrozados?

J. LUIS. *(Melancólicamente.)* Con un corazón más que añadir a la lista; pero no el que tú te figuras. *(Ella le mira intrigada.)* ¡El mío!

CARM. ¿Él tuyo?

J. LUIS. ¡Sí, Carmen! No vuelvo arrepentido, no vuelvo orgulloso... Vuelvo humillado, vencido; derrotado... por primera vez... A ti, la única, la que nunca he tenido y siempre he deseado, yo, el eterno embustero, te debo el homenaje de la verdad... ¡Una mujer se ha burlado de mí!

CARM. ¡No!

J. LUIS. ¡Sí!... Creí llevármela seducida, arrastrada, como a tantas, y era ella la que, astutamente, se me llevó a mí... Creí haberla enamorado, como a tantas, y es ella la que me volvió el poco juicio que aún me quedaba. Creí poder atormentaría un poco, ¡como a tantas!, y es ella la que me ha hecho sufrir a mí los mil desconocidos suplicios del despecho, los celos, la inquietud..., hasta el llanto... Sí, Carmen; he llorado por culpa de esa mujer... ¡yo!

CARM. *(Con melancolía.)* ¿Tanto la has querido?

J. LUIS. ¡He llorado de rabia, de asco de mí mismo, no sé!... Cuando me harté de padecer, creí lograr, al menos, el supremo placer de abandonarla, de dejarla plantada, compuesta y sin novio..., allí, en las mismas arenas abrasadas de Egipto, a la sombra augusta de las Pirámides... Tomé la dulce resolución una serena noche de luna, después de una escenita borrascosa; escribí antes de acostarme, para dormir tranquilo, una carta de adioses, modelo del género, y cuando a la mañana siguiente llamé al criado para hacer las maletas, me entregó él a mí... ¡ésta de ella! ¿Quieres leerla?

CARM. *(Enérgica.)* ¡No!

J. LUIS. Léela, haz el favor...

CARM. Si te empeñas... *(Coge la carta y lee.)* "Hijito..." *(Suspirando con ironía.)* ¡Ay, tú madre!

J. LUIS. ¡Carmen!

CARM. Perdona. *(Lee.)* "Hijito, perdona..." Vaya, coincidimos en el vocabulario... *(Lee.)* "Perdona que me haya marchado sin despedirme... Me daba demasiada pena... Me voy a Tierra Santa, ya que estoy a mitad del camino... Me voy con Diky Barrie..." ¿Un inglés?

J. LUIS. Yanqui...

CARM. ¡Ay, yanqui!...

J. LUIS. Y millonario... ¡Hijo del rey del sebo!

CARM. Todo se explica... *(Lee.)* "¡El pobre es un muchacho tan simpático y me da tanta lástima...! No tengas pena. No hemos nacido el uno para el otro. Siempre te he querido muchísimo, ¡pero hay fatalidades!... Que seas muy feliz. Tu Anita." ¡Vaya!... Lo siento tanto. *(Le devuelve la carta.)* Toma, no se te pierda... Y gracias por la confianza. Te guardaré el secreto.

J. LUIS. ¿Es eso todo lo que se te ocurre decirme?

CARM. Tú dirás qué quieres que te diga.

J. LUIS. Carmen..., yo siempre te he querido muchísimo...

CARM. *(Burlona.)* ¡Pero hay fatalidades!

J. LUIS. ¡No te burles de mí!

CARM. Me río de mí misma...
J. LUIS. ¡Dime que me perdonas!
CARM. ¡Absolución completa!
J. LUIS. ¡Dime que me quieres!
CARM. Tanto como tú a mí...
J. LUIS. Dime que me estimas.
CARM. Un poquito menos...
J. LUIS. Y que, a pesar de todo... ¡Carmen, te lo he dicho antes, y es la pura verdad! Has sido la única mujer de mi vida. Quiéreme, olvida las ofensas infinitas... ¡Déjame que acabe la vida a tu lado!
CARM. En calidad de amigo y de consuegro, sí. No tengo inconveniente.
J. LUIS. ¡Carmen! Hace unos cuantos meses tenías, teníamos otras ilusiones.
CARM. Sí; pero han pasado unos cuantos meses.
J. LUIS. ¡Muy negros para mí!
CARM. Muy luminosos para mí... No, Juan Luis; aquellos eran sueños..., de los cuales he despertado a tiempo. Tienes canas... A mí no se me ven porque sigo tiñéndomelas.
J. LUIS. ¡Carmen!...
CARM. Sí; he seguido tiñéndomelas..., porque..., bueno, porque sí. *(Pausa.)* Tú eras un don Juan..., mi don Juan..., y yo, tonta de mí, seguía siendo la niña enamorada del Tenorio, que sueña con vencerle y entrar de su brazo en la Vicaría pisando corazones de rivales desesperadas... Ya ves qué tontería..., pero es verdad... Yo también te debo la verdad.
J. LUIS. Entonces...
CARM. No; ya, no. Sería tarde para todo... Un día te dije que acaso cuando quisiera consultar a mi corazón, ya no me respondería. Si ahora vuelves, cansado de... tu largo viaje, abandonado y solo, aún puedes rehacer tu vida y ser feliz, como yo lo soy.
J. LUIS. ¿Tú lo eres?
CARM. Lo soy, sí. Viviendo la felicidad de nuestros hijos: una felicidad serena y pura, quizá más

verdadera que otras, porque no se funda en el egoísmo... ¡Se acabó la función, amor mío! Mañana mismo tiro yo también a la espuerta el tarro de tinte, y ¡vivan los cabellos de plata! Llegó la hora de hacer penitencia.

J. LUIS. Tienes razón... ¡He perdido la felicidad por necio, por imbécil! Pero tienes razón... Se acabó todo..., todo... Tú, a hacer penitencia, y yo, a jugar al tresillo entre un obispo y un presidente del Tribunal Supremo. Es triste, es triste... ¡Juan Luis, adiós la vida! ¡Para ti ya no hay ilusiones, ya no hay aventuras, ya no hay amor!...

CARM. *(Con cariño.)* Pronto habrá un nieto...

J. LUIS. *(Con ternura.)* Que yo quiero que se parezca a ti...

CARM. Y yo. ¡Sí, porque como salga a su abuelo, soy capaz de matarle!

J. LUIS. *(Riendo.)* ¡Menos! *(Por el foro derecha llega Carlos como una exhalación. Le siguen Isabel, Perico y Sabina. Esta última entra en la casa.)*

CARL. ¡Papá!

J. LUIS. ¡Hijo!... ¡Carlos! *(Quedan unidos en un largo y fortísimo abrazo.)*

CARL. ¡Papá!... ¡Cuánto tiempo! ¡Al fin!

J. LUIS. *(Contemplándole orgulloso.)* ¡Hijo!

CARL. ¿Estás bueno, bueno?

J. LUIS. ¡Bueno!

ISABEL. *(Abrazándole también.)* ¡Tío!

J. LUIS. ¡Isabel, hija mía!... ¿Estás muy indignada conmigo?

ISABEL. *(Riendo y mintiendo.)* No...

J. LUIS. No..., que quiere decir que sí, ¿verdad?

ISABEL. *(Ahora, sinceramente.)* ¡No! ¡Te debo tanto!

J. LUIS. No lo sabes tú bien... Pero te lo mereces... ¡Eso y más! ¿Qué has hecho en mi ausencia para ponerte tan requeteguapísima?

ISABEL. Esperar, desesperarme, llorar, consolarme... ¡y tener muchas, muchísimas ganas de ser feliz! ¿Has pedido ya mi mano a mamá?

J. LUIS. ¡Para mi hijo! Suerte tiene en serlo, porque si no...

ISABEL. ¡Ja, ja, ja! *(Echa a correr y se acerca a Carlos.)*

J. LUIS. ¡Edad cruel!

ISABEL. Mamaíta, tengo un hambre de lobo. *(Sale Sabina de la casa.)*

SABINA. *(A Carmen.)* Dicen que está el almuerzo, señorita.

CARM. Dí tú que pongan otro cubierto.

SABINA. Ya lo dije.

CARM. Otro más.

SABINA. *(Asombrada.)* ¿Otro?

CARM. Sí, mujer. ¿Es que no hay más cubiertos?

SABINA. Lo que no sé si habrá es más comida. *(Risas generales. Sabina hace mutis.)*

PERICO. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosa! ¡Pero qué graciosa es!... ¿Tú te has fijado, Juan Luis?

J. LUIS. *(Que sí se ha fijado.)* ¡Je! *(A Carmen.)* ¿De veras no te causa trastorno que me quede? Porque como no me esperabas...

CARM. ¿Qué te había de esperar? Eso puedes jurarlo... Pero no; trastorno ninguno... figúrate. Además, que Zaldívar se conforma con cualquier porquería.

PERICO. ¡Señora! *(Aparte.)* ¿A que me quedo sin comer?

CARM. Pues cuando ustedes quieran.

ISABEL. Vamos. *(Entran todos en la casa. Cuando Juan Luis va a entrar, Perico le retiene y se quedan los dos.)*

PERICO. *(Con curiosidad impertinente.)* Oye..., dime...: ¿cómo vuelves solo? ¿Cómo ha sido esto?

J. LUIS. *(Dándose tono.)* Nada, que me cansé..., como siempre. Una noche, a la sombra de las Pirámides, bajo la sonrisa de la Esfinge, comprendí lo necio de mi conducta, la vanidad de las cosas humanas. Y se lo dije a ella, y... ¡y la dejé!

PERICO. Siempre el mismo.

J. LUIS. ¡Je!... La pobrecilla se quedó desolada... No me

quiero acordar. *(Suspira.)* ¡Una más!... La vida es cruel, pero hay que resignarse... *(Acariciándose la cabeza.)* Nieve en las cumbres... Llegó la hora de las renunciaciones.

PERICO. Las canas de don Juan.

J. LUIS. Ahora, vida de familia: honesta, tranquila, sin ilusiones, sin esperanzas...

PERICO. ¿Con recuerdos?

J. LUIS. No sé. Sin acordarme de que existen las mujeres en el mundo. *(Sale Sabina de la casa.)*

SABINA. Dicen que se están sentando a la mesa.

PERICO. ¡Je, je! *(Remedándola.)* Dicen que se están... ¡Je, je! ¿Tú te has fijado, Juan Luis? ¿Eh?

J. LUIS. ¡Je, je, je! Sí me he fijado, sí. ¡Ya lo creo! Oye, pequeña, tú..., ¿tú sirves aquí?

PERICO. ¡Aquí, aquí!

J. LUIS. A ti no te pregunto, ¡calla! Conque..., conque aquí, ¿eh?

SABINA. Aquí, sí, señor.

J. LUIS. ¡Caramba, caramba! Y dime, muchacha... ¿Tienes novio tú?

SABINA. *(Avergonzada.)* El señor...

PERICO. ¡Uf, quince o veinte lo menos! Todos los carreteros del pueblo, a lo que parece.

SABINA. El señor...

J. LUIS. ¿Te gustan los carreteros, eh? Pues mira, hija, yo..., carretero, carretero..., lo que se dice carretero, no lo he sido nunca; pero algunas veces ya me lo han llamado, no creas.

SABINA. *(Asombrada.)* ¿Al señor?

J. LUIS. Ya ves tú. Decían que me había portado como... ¡Hombre, una curiosidad que he tenido siempre! ¿Quieres decirme cómo se portan los carreteros de verdad? Tú seguramente lo sabrás, porque...

SABINA. El señor... *(De la casa salen Carmen, Isabel y Carlos.)*

CARM. *(Saliendo.)* ¿No vienen ustedes?... ¡Juan Luis! ¡Pero hombre!

CARL. ¡Pero papá!

ISABEL. ¡Pero tío! *(Sabina, avergonzada, huye por la derecha.)*
J. LUIS. ¡Sí, hijos, sí; ya vamos! Es que Perico...
PERICO. No le hagan ustedes caso, que era él. ¡Siempre Perico!
CARM. ¡Vamos! ¡Pero, Juan Luis, por el amor de Dios!
PERICO. ¿Qué quiere usted? Las canas de don Juan.

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterie*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Pebrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.



Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21 — Madrid.